



SERVICIO SECRETO

AMAME Y MUERE

louis g. milk



La casa estaba situada a bastante distancia de la ciudad, casi en los linderos del desierto. No podía ver nada de ella, porque me lo impedía una alta tapia, de unos cinco o seis metros, que apenas si permitía divisar las copas de los árboles que había al otro lado. La forma de la tapia era cuadrada, de unos cincuenta metros de cada lado, aproximadamente, y tenía su acceso a través de un portón blindado de hierro liso, opaco, en lugar de una verja, como hubiese sido lo natural en una construcción semejante.

Detuve el coche cerca del portón y me apeé, enfrentándome con una ardiente vaharada de calor, procedente del cercano desierto. «Un extraño lugar para vivir, pensé, mientras mi dedo índice oprimía el llamador, y una todavía más extraña forma de ocultarse del mundo y sus peligros, añadí mentalmente».



Louis G. Milk

Ámame y muere

Bolsilibros - Servicio Secreto - 735

ePub r1.0

Lds 03.11.17

Título original: *Ámame y muere*

Louis G. Milk, 1964

Cubierta: Miguel García

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





LOUIS G. MILK

AMAME Y

MUERE

SERVICIO SECRETO n.º 735
Publicación semanal Aparece
los MIERCOLES

EDITORIAL

BRUGUERA, S. A.

BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la Misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

La casa estaba situada a bastante distancia de la ciudad, casi en los linderos del desierto. No podía ver nada de ella, porque me lo impedía una alta tapia, de unos cinco o seis metros, que apenas si permitía divisar las copas de los árboles que había al otro lado. La forma de la tapia era cuadrada, de unos cincuenta metros de cada lado, aproximadamente, y tenía su acceso a través de un portón blindado de hierro liso, opaco, en lugar de una verja, como hubiese sido lo natural en una construcción semejante.

Detuve el coche cerca del portón y me apeé, enfrentándome con una ardiente vaharada de calor, procedente del cercano desierto. «Un extraño lugar para vivir, pensé, mientras mi dedo índice oprimía el llamador, y una todavía más extraña forma de ocultarse del mundo y sus peligros, añadí mentalmente».

Me pregunté qué podría desear de mí la famosa Cristina Hyelton, la cantante de «La Voz de Miel», como comúnmente solía llamársela. No la conocía más que en efigie a decir verdad, mis referencias de ella eran muy vagas, ya que suelo ocuparme muy poco de estas cosas, aunque, por supuesto, sí había oído sus canciones en numerosísimas ocasiones a través de los discos y de la radio. No obstante mi casi desconocimiento total acerca de ella, había llegado a saber que en los últimos tiempos había dejado de actuar en público y vivía retirada, aunque, desde luego, sin conocer el lugar de su destierro.

Hasta el momento en que recibí una carta de Cristina, citándome a la mayor brevedad en su domicilio de Northwest Desert Road. Como en la carta citaba el número, no me fue difícil encontrar la casa.

Me imaginé que sería una investigación de rutina, así que no me

preocupé demasiado por el encargo que iba a recibir. En todo caso, mi preocupación hubiera podido basarse en los emolumentos, y puesto que suponía que las finanzas de Cristina Hyelton eran boyantes, me sentía completamente tranquilo al respecto.

Una voz bronca, profunda, sonó de pronto en mis oídos, como surgiendo del seno de la madre tierra. En el primer momento, me sobresalté, pero no tardé en darme cuenta de que brotaba de un altavoz hábilmente disimulado en el marco del portón blindado.

—¿Quién es usted? ¿Qué desea?

—Me llamo Dane Welt —contesté—. Investigador privado, citado hoy aquí por la señorita Hyelton.

No hubo más palabras, por el momento. Oí un sordo zumbido y la mitad de la puerta se deslizó silenciosamente a un lado, movida, sin duda, por un servomotor eléctrico. Entonces apareció ante mi vista lo que creí un gigante mitológico redivivo.

Miré al tipo con infinito respeto. Me pasaba casi la cabeza y con su cuerpo —y no soy un alfeñique— podían construir fácilmente dos como el mío. Cuando me fijé en sus brazos y sus enormes manazas, sentí frío; solamente con que dejase caer uno de sus puños sobre mi cabeza, con un gesto enteramente natural, me aplastaría el cráneo con tanta facilidad como yo cascaría un huevo de gallina.

—Así que usted es el señor Welt —dijo el coloso.

—Sí, señor...

—Kastor, simplemente Kastor —respondió el hombre—. Soy el guardaespaldas de la señorita Hyelton.

—Bien, Kastor.

Volví al automóvil, lo puse en marcha y franqueé el umbral. Apenas lo había hecho, Kastor levantó la mano.

—Suficiente. Apéese y sígame.

Dio media vuelta y echó a andar, sin preocuparse de más, con la pesadez de un mamut prediluviano. Corté el encendido, salté del coche y le seguí, tratando de dominar mi extrañeza. «Bueno, me dije, a fin de cuentas, rarezas de una mujer famosa, eso era todo».

Dentro de la tapia había un magnífico jardín, sombreado por numerosos árboles, que proporcionaban una grata frescura al lugar. Aquí y allá se veían algunos surtidores, que ponían una nota de gracia al conjunto, a la vez que contribuían a aumentar la placidez del ambiente. Siguiendo a Kastor, avancé a lo largo de un sendero

enarenado hasta llegar a una casa de un solo piso, estilo «rancho» californiano, más o menos similar a muchas otras que ya había visto.

Kastor me condujo hasta un vasto salón encristalado, en donde me dejó, en compañía de unas revistas.

—Voy a llamar al ama —dijo. Y se fue, haciendo vibrar sordamente el pavimento con el impacto de sus poderosos pies de paquidermo.

Saqué un cigarrillo y me lo puse entre los labios. A través de la cristalera, pude divisar una piscina en forma oval. Un surtidor, que brotaba a través de la boca de un delfín de cerámica, renovaba continuamente el agua de ésta.

Consumí casi la mitad del pitillo, antes de oír una voz a mis espaldas.

—¿Señor Welt?

Me volví. Al fin estaba ante la archifamosa «Voz de Miel», la voz que había hecho celebrísima en toda la redondez del globo aquélla melodía que había recibido el nombre de «Balada de una Estrella».

Calculé que Cristina Hyelton tendría unos veintiséis o veintisiete años, aunque aparentaba tres o cuatro menos. El pelo, intensamente negro, pendía suelto y liso por encima de sus hombros, y en su rostro, de una blancura espectral, destacaban dos enormes ojos, asimismo negros como la noche, así como los labios, que aun sin maquillaje, aparecían cálidos y jugosos. Ésta era, podía decirse, la única nota de color en su figura, ya que vestía un sencillo traje de hilo negro, sin mangas, que contorneaba reveladoramente las finas curvas de su cuerpo joven y firme. Con una estatura un poco superior a la mediana, el conjunto resultaba sumamente atractivo, aunque esta impresión, quedaba notablemente desvirtuada por lo lúgubre de su atavío.

—Yo mismo —respondí al cabo de unos segundos de observación—. Supongo —añadí— que estoy hablando con la señorita Hyelton.

—En efecto —dijo ella reposadamente. Extendió una mano, blanca, muy pálida—. Siéntese, por favor, señor Welt.

Había un aparador, tipo licorera, en un ángulo del salón, pero no me invitó a beber. ¡Y me hubiera sentado muy bien, con la sed que me había levantado el infernal calor del desierto!

—Gracias. —Ella se sentó en el mismo diván, aunque en el extremo opuesto.

Callamos durante unos momentos. Cristina Hyelton se contempló las uñas, limpias y pulidas, y luego levantó los ojos hacia mí.

—Señor Welt —habló al cabo—, sin duda se estará preguntando acerca de los motivos que me han hecho llamarle.

—Me imagino que será para encargarme alguna investigación —manifesté cortésmente—. Habrá leído mi nombre en el directorio de profesiones y...

—Efectivamente, así fue —reconoció ella. Vaciló un momento y luego prosiguió—: La investigación que pienso encomendarle es un tanto extraña, por lo que le ruego no se burle de mí, señor Welt, ni tampoco me considere como una demente.

—En mi profesión estamos habituados a recibir las más raras encomiendas —dije, sonriendo levemente—. Hable sin temor y considere puramente confidencial todo lo que me diga con respecto a esa investigación.

Cristina Hyelton juntó las yemas de sus dedos. Respiró fuertemente durante unos segundos y luego, mirándome con fijeza, exclamó:

—Señor Welt, deseo que me libre usted de mi esposo. Perdón —se apresuró a añadir, al ver mi gesto de extrañeza—, no he sabido explicarme bien. Quiero que me libre usted de la persecución de mi esposo.

«Trámites de divorcio, pensé. Un tipo aprovechado, que quiere sacarle el jugo a una mujer rica, antes de largarse por allí con viento fresco a dilapidar sus “ganancias” conyugales. Claro que si fuese yo, no me separaría de Cristina Hyelton aunque fuese más pobre que las ratas. Se necesita ser estúpido para abandonar a una mujer que es un monumento».

—Bien —dije cautelosamente—, ése es un caso un tanto delicado. En mi opinión, más que llamar a un investigador privado, debiera haber llamado a la policía, previo consejo de su abogado...

—Usted no me ha entendido, señor Welt —interrumpió la cantante—. O quizá yo no he sabido explicarme. Mi esposo murió hace, seis años.

CAPÍTULO II

Me quedé con la boca abierta.

El asunto ya no incumbía a un abogado, ni mucho menos a la policía, sino a un siquiatra. ¡Librarla de la persecución de un marido que había muerto nada menos que hacía seis años!

—Sé lo que está pensando —agregó ella, tras una pausa de silencio—. Pero le aseguro formalmente que no estoy loca. ¿Quiere escucharme, señor Welt?

—¿Puedo fumar? —pregunté, por decir algo.

—Sí. —Su pecho, de finas curvas, palpitaba suavemente—. ¿Aceptará?

Expulsé la primera bocanada de humo.

—No puedo garantizarle nada, señorita Hyelton. —¿Por qué señorita y no señora, como era lo lógico, si hacía seis años que se había quedado viuda?—. Compréndalo es la primera vez que me piden una cosa semejante.

—Es lógico —respondió Cristina. Trató de sonreír, pero no lo consiguió del todo—. Escúcheme primero y decida después, se lo ruego.

—Muy bien, adelante, señorita Hyelton. ¿O señora Hyelton? —pregunté intencionadamente.

—Hyelton es mi nombre artístico y muy pocos saben que estuve casada respondió. —Por eso acepto el tratamiento correspondiente a una soltera. Mi apellido auténtico es Wyckleping, muy poco adecuado para una cantante.

—Desde luego —convine convencido—. Siga, por favor.

—Trataré de ser breve. Me casé hace ocho años, cuando tenía dieciocho y empezaba a cantar. Lo hice con James Jonestar, un hombre todavía joven, pero que casi me doblaba la edad. El me

enseñó mucho y, en realidad, es a él a quien debo los fundamentos de mi carrera.

»Nuestro matrimonio duró dos años. Cuando mi nombre empezaba ya a cotizarse, sufrimos un accidente de automóvil. Jim, mi esposo, murió. Yo recibí graves heridas, pero no mortales. Curé después de unas semanas de hospital y convalecencia.

«Cuando me restablecí, volví a cantar de nuevo. Los asuntos técnicos de mi difunto esposo, habían quedado en manos de un socio suyo, llamado Frankie Werby. Éste hizo de “manager» para mí —todavía sigue haciéndolo— y gracias a su ayuda y a la experiencia que había recogido en su trato con Jim, consiguió levantar de nuevo mi interrumpida carrera.

”Hasta aquí, como puede observar, señor Welt, no hay nada importante que señalar. Por conveniencias publicitarias, el matrimonio entre Jim y yo permanecía en secreto; sólo Werby y algún otro más lo sabía. Recibí un golpe doloroso con la muerte de Jim, aunque menos fuerte de lo que yo misma hubiese podido esperar. Le quería, pero era un cariño en el que el agradecimiento entraba en una gran proporción, debido a lo que había hecho por mí. ¿Me comprende?

—Sí, perfectamente —respondí—. Continúe, por favor.

—Pasaron tres años. En ese tiempo, mi nombre se había hecho ya famoso y era una estrella cotizada. Tenía veintitrés años y, sin vano orgullo, podía decir que el mundo lo tenía a mis pies.

»Entonces conocí a John Stoddart, un joven de veintinueve años, de buena posición, vicepresidente de una importante empresa maderera. A esa edad, una mujer tiene derecho al amor... y John y yo pensamos en casarnos.

”No pude lograr mis deseos. John murió una semana antes de la fecha fijada para la boda. Jim me lo anunció. Predijo su muerte.

Encendí un nuevo cigarrillo. Era preciso disimular. Estaba más loca que una chiva.

—¿Y...? —dije, después de lanzar el humo.

—Jim se me apareció. Me hizo saber que no quería que me casase con John. Me lo advirtió seriamente. Dijo que si insistía, John moriría. Lo tomé a broma, naturalmente. Cuando la fecha de la boda se hubo fijado y las invitaciones estuvieron repartidas, John se estrelló contra un árbol con su coche y se mató.

Hubo una pausa de silencio. ¡Demonios! ¿A ver si iba a ser verdad que el fantasma de James Jonestar...?

Miré fijamente a Cristina Hyelton. Respiraba afanosamente y su frente estaba perlada de minúsculas gotitas de sudor.

—Continúe, por favor —pedí.

Ella hizo un signo de asentimiento con la cabeza.

—Seré breve y concisa —anunció—. No quiero hablarle de lo que sufrí ni de otros detalles particulares que no interesan. Sólo le diré que, dos años después, es decir, hace uno, encontré a otro hombre. También me enamoré de él... Usted dirá seguramente, señor Welt, que soy una mujer voluble y tornadiza, que se enamora y desenamora con toda facilidad, pero no es así, puedo afirmárselo. —Respiraba dificultosamente, con avidez—. Lo que pasa es que me siento muy sola y deseo tener a alguien a mi lado, un hombre que me proteja y en el cual poder confiar absolutamente.

—Un deseo muy lógico —admití cortésmente—. ¿Encontró a ese hombre, señorita Hyelton?

—Sí —respondió sin pestañear—. Se llamaba Fred Carr.

—¿Se... llamaba, ha dicho?

—En efecto. Lo mismo que la vez anterior, cuando ya habíamos acordado la fecha de mi matrimonio, Jim se me apareció, anunciándome que renunciase a la boda, si no quería que Fred muriese.

—Y Fred, seguramente, murió.

—Sí.

—¿Cuáles fueron las causas de su muerte?

—Olvidó cerrar la espita del gas.

Me froté la mandíbula. O ella estaba loca o...

—¿Bajo qué forma se le apareció a usted su marido? —pregunté. Cristina hizo un gesto vago.

—Bien, yo diría que parecía el mismo que antes de morir. Vestía normalmente... por supuesto, no llevaba una sábana ni una cadena arrastrando.

—Y, puesto que usted me ha llamado para que la libre de la persecución de ese espectro, supongo que ahora debe estar en relaciones con algún otro hombre y que Jim se le ha aparecido para prohibirle el matrimonio.

—En efecto. Todavía no hay nada entre los dos y, por supuesto,

él ignora lo sucedido. Pero aunque no llegase a casarme de nuevo, deseo en absoluto que cese esa estúpida persecución —declaró con singular vehemencia—. Todavía no he cumplido los veintisiete años, soy joven, por lo tanto, y no mal parecida. Tengo derecho al amor, a la felicidad, a fundar un hogar, tener un esposo, lino hijos... eso es lo que yo deseo y Jim me lo prohíbe.

—Debió ser, en vida, un marido terriblemente celoso —dijo sonriendo.

—Pues no, lo corriente en tales casos. Y eso es lo que más me extraña de todo, créame, señor Welt. ¿Hará usted lo que le pido? —suplicó con ansiedad.

Dejó el cigarrillo consumido sobre un cenicero al alcance de mi mano. Luego pregunté:

—¿Cómo se llama ese tercer aspirante a su mano o a la tumba? —pregunté.

—Richard Yancey. Vive en el 3766 de West Palm Ridge. No quisiera que, le ocurriese nada malo. Todavía no estoy segura de si le amo o no, pero siento hacia él una gran simpatía. Jim, a pesar de todo, me ha advertido ya de que debo romper con Richard.

El encargo era peliagudo. Nada menos que perseguir al fantasma de un marido que, de repente, en su vida de ultratumba, se había vuelto terriblemente celoso.

—Haré lo que pueda —prometí, sin ningún entusiasmo. En realidad, pensaba practicar unas cuantas investigaciones rutinarias, enviar mi informe, junto con una módica factura, y luego «si te he visto, no me acuerdo». ¡Qué diablos! ¡A fin de cuentas, mi oficio es investigar las vidas de las personas de carne y hueso, no de los fantasmas celosos!—. Observo que se ha encerrado aquí a piedra y acero —dijo, recordando el fenomenal portón de seguridad—. ¿Acaso lo ha hecho, temiendo al espectro de Jim?

—En cierto modo, aunque decidí retirarme una buena temporada después de la muerte de Fred Carr —contestó—. Apenas salgo, excepto para alguna ocasional grabación musical. Es lo único que hago ahora, ya que cancelé todos mis compromisos de actuación en público.

Me puse en pie. Allí ya no tenía nada más que hacer.

—Haré lo que pueda —repetí—. Ya la tendré al corriente de mis indagaciones.

—Gracias —dijo ella cálidamente—. Muchas gracias, señor Welt. No se preocupe usted por la cuestión económica; éste es un problema secundario para mí. Quería bastante a Jim, es cierto, pero ya es hora de que viva feliz.

—Seguramente, él se habría buscado ya otra mujer, de haber sucedido a la inversa. Deme su número de teléfono, por favor.

Anoté, el número, suponiendo, lógicamente, que no debía figurar en la guía, a fin de evitar molestas llamadas. Anoté también la dirección de Yancey, el tercer pretendiente a la mano de la siniestra Cristina —siniestra a su pesar, desde luego— y, a continuación, me dispuse a salir.

—Perdón —dije de pronto—, ¿reside usted sola con Kastor?

—No. Vive también aquí mi ama de llaves, Lea Tsaray.

—Un apellido centroeuropeo —comenté.

—Sí —contestó ella.

Se acercó a la pared y presionó un timbre.

Segundos después, aparecía una mujer de mediana edad, todavía muy bien formada y de curvas abundantes y sensuales. Parecía modosa, pero los ojos que brillaban bajo su frente ancha y espaciosa denotaban astucia... y quizá algo más.

—Lea, tenga la bondad de acompañar al señor Welt hasta la salida.

—Sí, señorita —contestó el ama de llaves con voz neutra.

Esta vez fue Lea quien me guió hasta el portón blindado. La mujer caminaba con cierta felina gracia y un suave y sugestivo contoneo de sus rotundas caderas, pese a que no era ya una jovencita precisamentete, espectáculo que me subyugó hasta que alcanzamos mi automóvil.

No hablamos en absoluto durante los cortos momentos que duró el trayecto. Sin embargo, antes de salir y cuando ya me disponía a entrar de nuevo en el coche, le formulé una pregunta:

—Señora Tsaray, ¿conoce usted los problemas íntimos de la señorita Hyelton?

El ama de llaves se volvió y me dirigió una mirada indescifrable.

—Sí —dijo lacónicamente.

—Con sinceridad, ¿cree que su esposo se le ha aparecido en distintas ocasiones? Me refiero a su espíritu, naturalmente.

—Desde luego —afirmó, con énfasis que no dejaba ningún lugar

a dudas. Giró sobre sus talones, se encaminó hacia el portón y presionó el resorte que ponía en funcionamiento el motor de apertura.

Abandoné la casa terriblemente desconcertado. ¿Estaban locas las dos mujeres?, me pregunté, apenas hube dejado la residencia a mi espalda.

CAPÍTULO III

Cristina Hyelton, la mujer, que traía mala suerte a sus futuros esposos, aseguraba que se le había aparecido el espectro de su esposo. Lea Tsaray, el ama de llaves, afirmaba lo mismo. ¿Acaso habían querido tomarme el pelo y divertirse un rato a mi costa?

Pensaba en todo lo que había visto y oído mientras había permanecido en basa de la cantante. De todo lo que había escuchado, sólo una cosa había cierta, a mi entender: tres hombres habían muerto, los tres en sendos accidentes. Un cuarto, según parecía, estaba a punto de morir... si persistía en cortejar a Cristina, la siniestra.

¿Qué hacer?, me preguntaba.

Por un lado, me sentía inclinado, a hacer lo que ya he dicho: un informe de rutina, una factura módica y ¡al diablo con todo! Pero por otro, un cierto sentimiento de curiosidad se acentuaba en mi interior, a medida que transcurrían los minutos. A fin de cuentas, no había que olvidar que habían muerto violentamente tres hombres.

¿No cabía la posibilidad de que alguna de las tres muertes no hubiese sido todo lo accidental que Cristina Hyelton me había referido? Los accidentes de automóvil se simulan... y dejar una espita del gas abierta mientras uno duerme, es cosa al alcance de cualquiera.

»Supongamos —me dije— que el marido muere, en efecto, a consecuencia de un accidente automovilístico. Dejemos a un lado —continué— el problema de sus supuestas apariciones; vamos a considerarlas como el producto de una mente enfermiza y sobreexcitada; una alucinación, en tales condiciones, no resulta difícil de imaginar.

«Pero quedan dos cadáveres: el de John Stoddart y el de Fred Carr. ¿Existe alguna persona interesada, aparte del difunto marido, en que persista la viudedad de Cristina Hyelton? ¿Resultará alguien un beneficiado si ella no se casa?».

Éste era, a mi entender, el problema principal que debía considerar... suponiendo que siguiese adelante con mis investigaciones, cosa que dudaba. La razón, más fría, me decía que las tres muertes podían haber producido en Cristina Hyelton una neurosis, una especie de sicosis o manía persecutoria... no escasean las viudas que consideran deben ser fieles al difunto esposo hasta su muerte. En tal caso, una imaginación sobreexcitada, podía jugarle a su dueña muy malas pasadas en el aspecto síquico... y confundir acaso sus deseos subconscientes con una inexistente realidad.

Estaba acercándome ya a la ciudad, de la cual distaba milla y media a los diez minutos de haber salido de casa de Cristina. Northwest Desert Road es una vía relativamente poco transitada, ya que no está situada en ninguna ruta nacional, por lo que, en aquellos instantes, mi coche era casi el único que circulaba por el camino. Entonces, casi bruscamente, un automóvil negro me alcanzó, bramando atronadoramente.

Le vi acercarse a través del retrovisor. Calculé que debía ir a unas noventa millas a la hora. En esto de la velocidad soy más bien conservador y rara vez sobrepaso las cuarenta millas horarias; uso el automóvil como una herramienta de trabajo, esto es, con muchísimo cuidado, y no soy de los locos que lo consideran un avión sin alas. El tipo del coche negro debía ser uno de éstos.

Me eché a la derecha, para dejarle paso. Si él tenía ganas de jugarse el físico, que no me incluyera a mí en el juego.

Pero sí, sí, me incluyó. Y precisamente, en uno de los lugares más comprometidos de la carretera: justo donde había un terraplén que terminaba en un trozo de terreno llano y extenso. El terraplén tenía unos seis metros de altura y una inclinación cercana a los cuarenta grados.

El sujeto del auto negro se me echó encima como una exhalación. Pude ver claramente que era un «Cadillac» negro modelo 1955, es decir, ya bastante pasadito de moda. A pesar de todo, la potencia de su motor se conservaba íntegra; parecía un reactor disponiéndose a despegar.

De pronto, el individuo dio un giro de volante a su derecha. Lo vi claramente; fue durante los cortos instantes en que, pese a las diferencias de velocidades, rodábamos juntos. También observé que, pese al calor, llevaba una gran bufanda de seda que le cubría hasta las narices, tapándole la cara por completo, a excepción de los ojos, ocultos tras unas grandes gafas negras, del mismo color que el sombrero con que se tocaba. Estos detalles los percibí apenas durante un segundo, el tiempo que duró nuestro brevísimo contacto.

El «Cadillac» golpeó a mi coche en la aleta delantera con tremenda fuerza. El volante giró locamente entre mis manos. Lancé un agudo grito, no sé si de rabia, de cólera o de pánico o de todo junto a la vez, porque sentía perder el dominio de mi coche.

Un segundo después, mientras el «Cadillac» se perdía rugiendo en la distancia, yo caía por el terraplén.

La suerte mía, en medio de todo, fue que el tipo golpease a mi coche con demasiada fuerza. Aunque parezca un contrasentido, sí sucedió, porque el auto empezó a descender por el terraplén como por una cuesta demasiado pendiente, aunque con la velocidad que es de suponer. De haberme deslizado lateralmente, cosa que habría sucedido, si el golpe hubiese sido menos fuerte, el automóvil hubiese colocado apenas salido del camino.

Descendí a una enorme velocidad, dando saltos y tumbos dentro del auto, que se agitaba espantosamente. Al agarrarme al volante para no saltar fuera, cosa que hice instintivamente, creí que me iba a quedar sin brazos.

De pronto, se acabó el terraplén. El auto siguió rodando unos metros.

Una gruesa piedra salió al encuentro de la rueda delantera derecha. El auto se ladeó violentamente hacia el otro lado y, después de un tremendo crujido, acabó por volcar.

Algo me golpeó en la frente con terrible fuerza. Dentro de mi cerebro sentí como un atronador estallido. Por un instante, me pareció estar presenciando los primeros instantes de una explosión nuclear, tan intenso fue el fogonazo que brotó delante de mis pupilas.

Luego llegó la oscuridad.

Cuando desperté, estaba ya en el hospital.

Mis primeras sensaciones se remontan a un gran dolor en la frente y otros, secundarios, en distintas regiones del cuerpo; la frescura de unas sábanas limpias, la blandura de un lecho y el clásico olor a medicamentos que se respira en centro semejante.

Después oí voces.

—Ha sido un milagro —dijo una mujer.

—Bueno, algo menos —rió un hombre—. Cuestión de suerte. De haber ardidado el coche, ahora no lo estaría contando.

Otro hombre dijo:

—Es una sencilla conmoción. Tiene unos cuantos golpes en distintas partes del cuerpo, pero nada interno. En cuatro o cinco días, estará en condiciones de ser dado de alta. De todas formas, que no le interroguen los policías hasta mañana.

Alguien me acercó a los labios una bebida. El líquido me confortó notablemente. A poco, sentí disminuir el dolor de cabeza, pero, al mismo tiempo me di cuenta de que me dormía nuevamente.

Desperté mucho más tarde, ya avanzado el día, a juzgar por la luz que se filtraba a través de las persianas, levanté la mano y me toqué la frente, notando que la tenía vendada. Los dolores habían remitido considerablemente.

Poco más tarde, entró una enfermera con algo de alimento líquido.

—¿Cómo se encuentra? —me preguntó, mientras agitaba el termómetro.

—Bien —contesté—. Molido, a pesar de todo.

—Es lógico —rió la enfermera agradablemente—. Recibió un palizón en el accidente.

Me puso el termómetro en la boca. La temperatura y el pulso eran normales, pese a lo cual, me sentía aún bastante flojo. Ni siquiera el desayuno me reanimó, lo cual, en medio de todo, no importaba demasiado; no soy un detective de película, que después de recibir las más tremendas palizas, que llevarían a un hombre normal a un hospital para un mes, se toman dos aspirinas y un *whisky* y continúan tan campantes por ahí. El accidente había sido serio, muy serio, pero, como había dicho el médico, yo había tenido

una suerte fenomenal.

Poco más tarde, vino el sargento Lohman, de la policía de carreteras. Cuando me interrogó acerca de las causas del accidente, le di como pretexto un mareo a causa del calor, cosa lógica, dada la ardiente temperatura que estábamos padeciendo en pleno julio. Lohman tomó nota exacta de mis manifestaciones y dijo que ya enviaría un amanuense con la declaración pasada en limpio para que la firmase. Después se marchó.

Entonces, me incorporé un poco en la cama. Tomé el teléfono de la mesita de noche y dije a la centralita del hospital que marcara un número. Cuando me hubieron puesto en comunicación con el teléfono deseado, escuché el trueno de la voz de Kastor.

—¿Quién es? —preguntó.

—Welt —respondí—. ¿La señorita Hyelton?

—Espere un momento.

Cristina acudió poco después. Su voz resultaba inconfundible.

—¿Señor Welt?

—Buenos días, señorita Hyelton. La llamo desde el hospital, en donde me encuentro encamado, como consecuencia de un accidente de automóvil sufrido diez minutos después de haber abandonado su casa.

—¡Oh!

La exclamación sonó como una explosión apagada.

—Alguien me tiró por un terraplén, empujando a mi coche con el suyo. ¿Se da cuenta de lo que trato de decirle?

—Sí, claro... —Cristina Hyelton debía sentirse terriblemente turbada—. Pero, no entiendo...

—Yo sí empiezo a comprender, señorita Hyelton. Y lo que sucede en primer lugar, es que no existe tal espectro de James Jonestar, y en segundo, que visto que alguien está tan interesado en que yo no siga con las pesquisas que usted me encomendó, interés que llega al punto de desear mi muerte, desde ahora doy por cancelado el compromiso contraído. Como no me abonó ningún dinero a cuenta de honorarios, no tengo que devolverle nada. Estamos en paz, por tanto. ¡Buenos días, señorita Hyelton!

Y colgué, para volver a pedir momentos después comunicación con un buen amigo mío, el teniente Gilpin, de Homicidios.

—Jack, soy Welt —le dije, apenas oír su voz por el micrófono—.

¿Podrías hacer un favor a un viejo amigo, sin necesidad de ventilar el asiento de tu sillón?

—¿En qué lío te has metido, Dane? —preguntó el policía.

—En el que Se deriva de un accidente intencionado —respondí.

Gilpin guardó silencio un segundo.

—¿Accidente? —preguntó al cabo.

—Sí —contesté—. Estoy en el Loughray Hospital, con la cabeza convertida en un tambor y el cuerpo lleno de cardenales.

—La cosa fue seria, ¿eh?

—Él que me tiró por el terraplén, quería que fuese aún más grave —contesté—. Pilotaba un «Cadillac» 55, negro, es todo lo que puedo decirte.

—¿No será que habías bebido una copa de más, Dane?

—Vamos, vamos, Jack; tú me conoces bien y sabes que mi bebida favorita es la cerveza y no a todas horas. No hay error; lo vi todo perfectamente. El tipo lanzó su coche contra el mío y me tiró fuera de la carretera, Iba a noventa millas a la hora, por lo menos. Me imagino que el «Cadillac» tendrá algunas raspaduras en la aleta delantera derecha, así que con eso ya tienes una base para actuar.

—¿Le viste la cara al tipo?

—No. Llevaba grandes gafas negras y el resto estaba tapado por una gran bufanda de seda blanca. No pude captar más detalles, porque inmediatamente, salté fuera del camino.

—¡Hum! Eso que me dices es muy serio, Dane.

—Así lo considero yo. De otro modo, no te molestaría.

—El Departamento de Tránsito no me ha pasado ninguna denuncia al respecto —objetó el policía.

—Porque no quise decirle nada al sargento Lohman, que fue quien vino a interrogarme. Preferí guardarte el regalito para ti.

—Eres un sujeto desprendido, Dane. Bueno, veré qué puedo hacer en tu honor... y, dime, ¿como consecuencia de qué jaleo te viste proyectado al espacio?

Medité la respuesta un segundo. Al fin, di con ella.

Sonriendo, dije:

—Como consecuencia de la venganza de ultratumba del espectro de un marido celoso.

—¡Caray! —Respingó Gilpin.

CAPÍTULO IV

Estaba adormilado, pero abrí los ojos al instante, apenas sentí que se abría la puerta de mi habitación.

Una mujer entró y cerró inmediatamente. Iba vestida con un severo conjunto gris acero y cubría sus ojos con unas grandes gafas de color oscuro que se quitó en cuanto hubo cruzado el umbral. Cristina Hyelton se había recogido los largos cabellos negros en un apretado nudo, sujeto en la nuca; el pelo, estirado y partido en dos por una raya central, acentuaba aún más la blancura de su rostro, de un óvalo perfecto, y la oscuridad de sus grandes pupilas.

Avanzó hasta la cama, tomó una silla y se sentó en el borde, rígida y erecta, con las rodillas muy juntas y las manos sobre el regazo. Su pecho subía y bajaba suavemente al respirar.

—Siento lo ocurrido, señor Welt —dijo en tono de leve congoja.

—Más lo lamento yo —rezongué—. Estuve a punto de dejarme el pellejo en la empresa.

—¿Está seguro de que el accidente fue intencionado?

—Absolutamente. Sobre eso, no me cabe la menor duda —afirmé.

Inquieta, se removió un poco en la silla.

—Es terrible, terrible —dijo—. Jim no me va a dejar en paz.

Me incorporé un poco y, apoyándome en un codo, la miré de hito en hito.

—¿Sabe lo que le digo? Que no creo en su historia, señorita Hyelton. No creo en fantasmas, ni tampoco en espíritus... lo cual no significa que no crea en la vida eterna. Pero son dos cosas muy distintas, se lo aseguro. Lo que sí he podido deducir es algo irrefutable: alguien tiene un motivo de resentimiento contra usted, existe un sujeto terriblemente celoso que, no pudiendo convertirla

en su esposa, no quiere que usted se convierta en la mujer de otro. Ahora, busque usted entre sus amistades a un hombre con esas características y tendrá no sólo al culpable de las dos muertes producidas, sino también de la de su esposo James Jonestar, así como al que provocó un accidente. —Ésa es mi tesis y nadie me hará apearde de ella.

—¡Pero yo vi claramente cómo se me aparecía el espectro de Jim! —protestó Cristina con vehemencia.

Me dejé caer de nuevo sobre las almohadas.

—Alucinaciones —dije, un tanto despectivamente.

—No hubo tales alucinaciones —aseguró ella con gran énfasis.

—Las hubo —insistí—. Acaso se siente usted culpable del accidente en que James Jonestar perdió, la vida y los remordimientos la hacen ver cosas que sólo existen en su imaginación, confundiéndolas con la realidad. Créame, una buena cura en manos de un siquiatra lo arreglaría todo, mucho mejor que yo, señorita Hyelton.

Hice una corta pausa. De súbito, pregunté:

—¿Conducía usted el auto en el momento del accidente?

—No. Siempre lo hacía Jim.

—Quizá le distrajo usted.

—Tampoco. Estaba muy cansada y dormitaba en el asiento. Un grito suyo me despertó. Medio segundo después, se producía el accidente.

—¿Habían bebido? El, por lo menos, me refiero.

—Un par de copas, aunque no lo suficiente para perder el control de sí mismo.

—¿Era aficionado a correr con el automóvil?

—Lo normal. Raras veces sobrepasaba las cincuenta millas. Llegar a sesenta lo hacía en muy contadas ocasiones.

Reflexioné unos instantes.

—Puede que usted no fuera culpable —dije al cabo—. Pero de lo que no hay duda es de una cosa: si las muertes de Stoddart y de Carr fueron voluntarias, no las cometió un muerto, sino un ser de carne y hueso, tan de carne y hueso como usted. Ahora, rebusque en su memoria y esfuércese en recordar entre sus amistades, aquél que puede tener un motivo de resentimiento contra usted... o mejor dicho, contra los que aspiran a su blanca mano. En cuanto lo haya

encontrado, estará muy cerca del culpable.

—¡Pero es que Jim me lo anunció! —exclamó ella—. Dijo que Si no les despedía, morirían. Y lo mismo me ha asegurado con respecto a Yancey.

—Esto lo hace un ser vivo. Los muertos no matan —mascullé, irritado por tan absurda insistencia.

Cristina hizo pucheritos, como si fuese a echarse a llorar, lo cual me hizo sentirme terriblemente incómodo. Maldije en mi interior la hora en que se me ocurrió acudir a su llamada. Era un asunto que no me gustaba en absoluto y, por las trazas, ella estaba dispuesta a que yo siguiese adelante.

—¿Entonces, no querrá ayudarme? —preguntó con un hilo de voz.

Una mujer hermosa y una expresión implorante. El hombre de corazón más duro resulta así derrotado indefectiblemente.

—No le garantizo los resultados —dije de mala gana—. Estoy acostumbrado a trabajar en asuntos de personas vivas... también sobre muertos, pero los muertos, que he conocido, no se han aparecido continúan en sus tumbas.

—Gracias —dijo, reanimándose. Abrió su bolso y extrajo un rectángulo de papel azul, que me entregó en el acto—. Aquí tiene; cuando le den de alta, cómprese un coche nuevo. Sobrará para los primeros gastos, pese a todo, pero quiero que considere el coche nuevo como compensación personal, aparte de la minuta que me presente en su día.

Lancé una mirada de reojo al cheque. Contuve un silbido de asombro. ¡Cinco mil dólares! Ciertamente, debía estar muy interesada en suprimir al espectro de su esposo, cuando se gastaba el dinero tan liberalmente.

—Insisto en que no respondo de los resultados —dije una vez más.

Se puso en pie, alisándose la falda por las esbeltas caderas con gesto maquinal.

—Usted logrará algo —dijo, sonriendo levemente—. No deje de comunicarse conmigo, apenas tenga alguna noticia de importancia.

Se puso las gafas y se marchó, dejándome de nuevo embarcado en un bote, del que yo había saltado dos días antes por mi propia voluntad.

Mi primer impulso, fue rasgar el cheque en mil pedazos. Pero luego pensé en el tipo que había intentado liquidarme y me dije que me gustaría verle la cara... y rompérsela acto seguido, antes de que tuviese tiempo de llegar la policía.

Una hora más tarde, apareció el teniente Gilpin.

Era un hombre enorme, aunque no tanto como el fabuloso Kastor. Resoplando como una locomotora vieja en un ferrocarril de montaña y transpirando como una esponja, se dejó caer sobre una silla. Oí crujidos de madera, pero el mueble era bueno y resistió.

—Hola, buscador de espectros —dijo zumbonamente.

—¿Qué tal, polizonte?

Sacó un pañuelo del tamaño de una sábana, recogió cosa de medio litro de sudor y luego me anunció:

—Encontramos el «Cadillac», Dane.

—¿Y bien?

—Había sido alquilado.

—No está mal. ¿Encontrasteis huellas dactilares?

—Sólo las de los agentes de la empresa. Comprobamos sus coartadas. Ninguno de ellos pudo ser. El dueño está que echa lumbre; la aleta delantera quedó hecha un higo.

—¿Qué dijo del sujeto que alquiló el auto?

El policía consultó sus notas.

—El hombre que alquiló el coche manifestó llamarse Aarón Lipsky, nombre que figuraba en la licencia de conducción que enseñó, requisito sin el cual no le hubiesen alquilado el vehículo, como tú muy bien sabes. Era bajito, delgado, usaba gafas con cerco de acero y apenas tenía pelo. Vestía de gris, un tejido grueso, inadecuado por completo para esta época.

—¿Devolvió Lipsky el coche personalmente?

—No. El dueño del garaje manifestó que se lo había encontrado a la mañana siguiente de tu accidente, aparcado al borde de la acera, frente a su establecimiento. De Lipsky, ni rastro. ¿Conoces tú a algún sujeto de semejantes características personales, Dane?

—Que yo recuerde, no. ¿Han aparecido huellas extrañas en el auto, me refiero a otras que no sean las del dueño y sus empleados?

—Ya te lo dije antes. Olvidé mencionar el hecho de que Lipsky usaba guantes.

—Traje gris, recio, y guantes, en verano. ¿No crees que esto es

un poco extraño, Jack?

—En este país hay muchas gentes extrañas, Dane —dijo mi amigo sentenciosamente—. Incluso hay quienes están buscando al fantasma de un marido celoso.

—La gran frase no está correctamente enunciada —rectifiqué—. Es el fantasma celoso de un marido difunto.

—Tanto da —respondió el policía, encogiéndose de hombros—. ¿Qué le ocurre a ese fantasma?

—Le molesta que su viuda trate de abandonar su triste y solitario estado actual.

—O sea que ella quiere casarse y al fantasma la molesta —dijo Gilpin con sorna—. ¿Y qué hace el fantasma para impedirlo? ¿Golpear muebles por las noches, cambiarlos de sitio, verter sal en el azucarero y arrastrar cadenas por los desvanes?

—Éste es un espectro más contundente, Jack —dije sin pestañear—. Simplemente, mata a los pretendientes de la linda viudita.

Mi amigo abrió una boca de a palmo.

—¡Caray! Dane, no lo dirás en serio.

—Absolutamente, Jack. Éste es un asunto sobre el cual no bromearía por nada del mundo. Hablando en serio: Personalmente, no creo en la intervención del fantasma. Pero lo que sí es positivamente cierto es que dos de los pretendientes a la blanca mano de la bella viuda han muerto. Aparentemente, sus muertes están justificadas como accidentes. Ella, aun sin expresarlo definitivamente, opina que se trata de asesinatos. Como hay un tercer pretendiente de por medio, me ha contratado para que espante de una vez al espectro y le permita disfrutar de la vida, casándose con su enamorado.

Gilpin estuvo a punto de caerse de la silla.

—Me dejas de una pieza, Dane —comentó, atónito.

—Ya te dije que no bromeaba. Y las radiografías que me han hecho después del accidente, demuestran que mi cerebro funciona a la perfección. Así que no hay fantasía alguna: tenemos dos muertes violentas, susceptibles de constituir otros tantos crímenes, y un tercer amenazado por el supuesto espectro. Esto es lo que hay, Jack.

Gilpin se tironeó del labio inferior, sumamente meditabundo al cabo de un rato de silencio, habló:

—Dame todos los datos posibles, Dane. Te prometo que

investigaré por mi cuenta...

—Lo haré con una condición: Discreción absoluta. Por el momento, no tenemos más que sospechas, con cierto fundamento, en mi opinión, pero sospechas todavía. Aparte de ello, está la viuda; cuando me contrató, quería que la cosa se realizase dentro de la mayor discreción posible, de lo contrario os hubiese llamado a vosotros. Y yo no te hubiese dicho nada, porque, con toda franqueza, si bien no creo en el espectro, no me queda la menor duda de que existe alguien con un tremendo interés en mantener a la viuda en su actual estado. A cualquier precio, como lo demuestra el tipo que me empujó fuera de la carretera.

—Es posible —admitió Gilpin—. Bien, te prometo discreción, Dane. Ahora, dime todo lo que sepas.

Arqueó las cejas cuando se enteró de la personalidad de mi cliente, pero no formuló el menor comentario al respecto. Anotó detalladamente datos y direcciones, y luego se despidió, asegurándome que me tendría al corriente en todo momento de lo que averiguase por su parte.

Dos días más tarde, pude abandonar el hospital.

CAPÍTULO V

Una de las cosas que hice primero; aparte de ingresar el cheque en mi cuenta y adquirir un auto nuevo, fue visitar al socio del difunto James Jonestar.

Frankie Werby era un sujeto rollizo, de mediana estatura y calvicie pronunciada. En la puerta del apartamento que ocupaba figuraba el cartel indicador de su profesión de agente artístico. Después de un duro forcejeo verbal con su poco agraciada secretaria, conseguí al fin ser recibido por Werby.

—Si se trata de indagar algo acerca de la vida de alguno de mis representados, ha perdido usted el tiempo, señor Welt —me amenazó con una gruesa mano, en la que campeaba un humeante cigarro del diámetro de un mástil de buque.

La acogida no me inmutó.

—Bueno —contesté—. Yo preguntaré y usted responderá o no, según sus conveniencias. ¿Le parece bien el trato, señor Werby?

—De acuerdo —gruñó el tipo—. Hable.

—Usted representa a Cristina Hyelton.

—Sí —admitió hoscamente.

—Parece ser que hace tiempo que no actúa en público.

—No. Ahora sólo graba en discos y no siempre. Sólo cuando la canción lo merece.

—Usted era socio de James Jonestar.

—Nunca lo he negado. ¿Pasa algo? —exclamó Werby con aire de desafío.

—Jonestar murió en accidente de automóvil. En su opinión, ¿cree usted que ella pudo tener la culpa?

—Yo diría que no, pero no estaba dentro del coche cuando se produjo ese accidente. Afortunadamente, claro está.

—Ella dice que le persigue el espectro de su esposo. ¿Qué opina usted?

—En ese aspecto, creo que está loca de atar. Por lo demás, su voz sigue siendo la misma. Y no digamos de su cara y de su tipo; si se decidiese a actuar nuevamente en público, nos... se iba a forrar, ya lo creo.

Capté al instante el sentido de las últimas frases de Werby. Como representante artístico de Cristina Hyelton tenía un porcentaje por los contratos, un diez por lo menos, acaso un veinte por ciento. En cambio, los ingresos por los discos grabados debían ser mucho menos importantes. La mina de oro, para Werby, debía estar en que Cristina actuase de nuevo en público; con el prestigio y la fama que tenía, no era aventurado presuponer unos ingresos de mil dólares por actuación. Echen la cuenta ustedes mismos, por favor.

Así se comprendía el resentimiento de Werby.

—¿Por qué se retiró? —pregunté.

Werby pegó un furioso bocado a su puro.

—Fue cuando Carr apareció con la cabeza metida en el homo de la cocina. Iban a casarse una semana o dos después y aquello, créame, la desquició. Rompió todos sus contratos, lo cual le costó una bonita suma como indemnización, se refugió detrás de su muralla china, con ese coloso que tiene como guardián... ¡y ahí sigue!

—¿Cree usted que Carr se suicidó?

—Las apariencias así lo indican, ¿no?

—También pudo ser un accidente.

—¿Con la cabeza metida dentro del homo de la cocina y la espita del gas abierta de par en par? Vamos, vamos, señor Welt; no me tome por estúpido. Carr se suicidó.

—O bien alguien lo mató, haciendo aparecer su muerte como un suicidio —apunté. Por cierto, Cristina no había mencionado tal detalle; solamente había dicho que Carr se olvidó de cerrar la espita del gas. La cosa variaba un tanto de aspecto, aunque, fundamentalmente, seguía siendo lo mismo.

Werby se encogió de hombres.

—La policía lo dio como suicidio. Yo no soy quién para contradecirles.

—Y respecto al anterior pretendiente, John Stoddart ¿qué me dice usted? —pregunté súbitamente.

—A ése no le conocí. Ni siquiera sabía que Cristina estuviese en relación con él. Por lo visto, lo mantuvo en secreto hasta que se mató con su coche.

Werby parecía ser sincero. Sin embargo, estaba muy molesto por el retiro de Cristina Hyelton, que le impedía ingresar todos los meses una buena suma en su cuenta corriente. Pero ya no tenía más que preguntarle, por lo que me puse en pie y me despedí de él.

Salí del despacho sumamente preocupado. En la oficina, la escuálida secretaria, me dirigió una irritada mirada. Le hice una mueca y me dirigí hacia la salida.

Cuando abría la puerta, un hombre entró súbitamente, pasando por mi lado como un pequeño ciclón. Gritó algo acerca de haber conseguido un buen contrato para no sé qué artista y se metió en el cuarto de Werby rápidamente.

Pero así y todo me dio tiempo para que yo pudiese advertir en él ciertos rasgos fisonómicos que me recordaron al instante una descripción hecha por el teniente Gilpin: «... bajito, delgado, usaba gafas con cerco de acero y apenas tenía pelo...».

—Perdone, señorita —dije cortésmente, volviendo a la mesa de la secretaría—. Me pareció reconocer al caballero que acababa de entrar. ¿Se llama Tom Snitkin?

La secretaria cayó incautamente en la trampa.

—Oh, no, en absoluto. Sin duda usted se confunde. Es Aaron Lipsky, el ayudante principal del señor Werby.

Emití una sonrisa de circunstancias.

—Muchas gracias, señorita. Ha sido una confusión, en efecto, pero es que mi amigo se parecía mucho al señor Lipsky. Buenas tardes.

—Adiós.

Salí a la calle. Di un rodeo y caminé hasta situarme en una cafetería ubicada justo frente al edificio donde Werby tenía sus oficinas. Pedí un café, encendí un cigarrillo y me dispuse a esperar.

Me pregunté las razones por las cuales Lipsky había querido matarme. ¿Acaso estaba de acuerdo con Werby para ello? El hombre del «Cadillac» negro me había parecido más robusto y voluminoso que Lipsky, quien, como figura, era un verdadero

renacuajo. Posiblemente, había sido empleado para no dar la cara, y que Lipsky sabía que se iba a cometer un hecho delictivo era seguro, como lo probaba el detalle de llevar las manos enguantadas, a fin de no dejar rastro de sus huellas dactilares en el coche.

Mientras esperaba pacientemente, se me ocurrió la hipótesis de que tal vez Werby no quería que Cristina se casara de nuevo. Tal vez estaba enamorado de ella y no permitía que otro hombre la hiciese suya; acaso le interesaba seguir manteniéndola en aquella situación hasta que Cristina, aburrida, volviese a lucir su voz en público... y a proporcionarle unos sustancioso ingresos como representante suyo. Pero, me pregunté: ¿valía este asunto tanto la pena como para asesinar a dos hombres, intentar matar a otro y amenazar, además a un cuarto?

Esto me lo diría Lipsky, calculé, aunque no en el despacho de Werby, sino en otro lugar más discreto, quizá en su propia casa. Por eso me puse allí de plantón, dispuesto a esperar lo que fuese, con tal de interrogarle a fondo y con toda comodidad. Físicamente era muy poca cosa y esperaba impresionarle con mi sola apariencia, a pesar de que no resulto un hércules; sólo un tipo corriente, como hay muchos.

Lipsky tardó mucho en salir. Lo hizo cuando ya oscurecía. Entonces, le seguí. Tenía su coche y procuré situarme a su zaga, vigilándole de continuo.

Se metió en un restaurante a cenar. Yo también lo hice, colocándome en un sitio discreto. Por fin, se levantó y salió de nuevo a la calle.

El auto del individuo rodó hasta la calle East Road, un distrito de la ciudad, ciertamente no muy recomendable. Pero, en fin, me había comprometido a ello y, por otra parte, no era tampoco la primera vez que estaba en un sitio semejante. Se detuvo al pie de un vetusto edificio de ladrillo, de cinco pisos, en uno de cuyos laterales podían verse las escaleras de hierro para escape en caso de incendio.

Entró en la casa. Dejé el coche en un lugar adecuado y, después de un par de minutos de espera, me decidí a seguirle.

Entré en el portal, tétricamente iluminado por una sola bombilla de escasa potencia. Una vieja desgredada me miró inquisitivamente.

—¿En qué piso vive el señor, Lipsky? —Apoyé la pregunta con

un billete de a cinco dólares, que desapareció inmediatamente en su mano ganchuda.

—Cuarto, letra D —contestó.

—Gracias.

No había ascensor, así que tuve que apechugar con unos setenta escalones, que me dejaron casi sin resuello. Inspiré un par de veces para tomar aire y luego apoyé el dedo en el zumbador.

Esperé cosa de medio minuto. Luego oí un leve ruidito en la puerta, lo que me indicó que Lipsky me estaba observando a través de la mirilla. Fingí indiferencia.

Lipsky abrió la puerta dos centímetros.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? Preguntó recelosamente.

—Me llamo Welt y soy investigador privado —manifesté—. Deseo...

Lipsky cerró la puerta inmediatamente. Menos mal que me esperaba, algo por el estilo —suponía que no podía tener tranquila la conciencia —y contraataqué oportunamente con el hombro.

El sujeto salió rebotando hacia adentro. Crucé el umbral y cerré a mis espaldas.

—Vengo en son de paz —anuncié—. Sólo deseo hacerle algunas preguntas.

Lipsky estaba pálido como un difunto.

—¡Márchese! —gritó, descompuesto—. No quiero hablar con usted, no tengo nada que manifestarle. Todo lo que sabía, se lo dije a la policía...

—¡Ah! —exclamé—. De modo que la policía le ha interrogado ya, ¿eh?

El tipo apretó los labios.

—Sí. ¿Acaso es un delito alquilar un automóvil?

—No, desde luego. Pero sí lo es el utilizarlo para cometer un crimen —argumenté.

—¡Vaya! —dijo Lipsky en tono de hastío—. ¿Acaso lo hice yo? Puedo probar dónde estaba a la hora en que intentaron matarle a usted. Tengo una coartada indestructible. Además, el coche me lo robaron. Luego me lo restituyeron y yo, temiendo una bronca con el dueño de la cochera de alquiler, se lo dejé en la puerta. Había pagado por adelantado, así que no le debía nada. ¿Está bien claro, señor fisgón? ¡Pues ahora, lárguese de aquí o de lo contrario

llamaré a la policía, para que lo detengan por allanamiento de morada!

Las palabras de Lipsky me desconcertaron en un principio, máxime cuando aseguraba disponer de una coartada y, además, sostenía que el coche había sido robado.

De repente, se me ocurrió una idea.

—¿Cómo puede probar que le robaron el coche? —inquirí.

—Porque formulé a la policía la pertinente denuncia —contestó en tono retador.

De nuevo me sentí desorientado.

—¿Lo participó al dueño? —pregunté.

Lipsky vaciló. Entonces me di cuenta de que, si bien se cubría con una coartada, falsa o no, pero indestructible, y con la denuncia de la policía, era el cómplice del presunto asesino. Su obligación era avisar al dueño del coche del robo, pero no lo había hecho, prefiriendo manifestarlo únicamente a la policía, con toda seguridad, calculando bien el tiempo que el coche iba a estar fuera de sus manos, es decir, en las del tipo de la bufanda blanca.

Pero además había otra cosa, en la que no había reparado al principio.

—¿Cómo sabe que intentaron matarme? —pregunté—. Usted no me ha visto nunca, el accidente fue uno más de los que pasan a diario, que no merecen siquiera la atención de la Prensa... y estoy seguro de que el teniente Gilpin sólo le interrogó con referencia al coche, pero sin entrar en más detalles ni mencionar el intento de asesinato de que fui objeto. ¿Cómo me explica usted todo lo que acabo de mencionar, señor Lipsky?

Naturalmente, Gilpin no iba a ser tan tonto que descubriese su juego desde un principio. Pero seguramente, la coartada y la denuncia le habían debido convencer, de la supuesta inocencia de Lipsky.

El tipo palideció, dándose cuenta de que con aquella frase tan comprometedora había dado un paso en falso. Abrió y cerró la boca convulsivamente como si le faltase aire. En verdad, habida cuenta de la sofocante temperatura del ambiente, eso me parecía a mí también.

Retrocedió. Avancé un paso.

—Vamos —dije, apuntándole con el dedo—, suéltelo ya de una

vez. Dígame quién le pagó por hacer todo eso. ¿Werby? —sugerí.

El sudor le caía a chorros por las mejillas.

—No... no —balbuceó—. No es cierto. Me... me robaron el coche...

—Está bien —dije—. Volveré con el teniente Gilpin y nos lo llevaremos a Jefatura. Allí hay unos preciosos sótanos con unos calabozos, donde no se oye ningún grito y...

Los ojos de Lipsky se abrieron desmesuradamente. Sonreí, viéndome cerca del triunfo. Di otro paso hacia adelante. Una ligera presión más y se rendiría.

—El teniente Gilpin será benévolo con usted si colabora, Lipsky —sugerí.

Se lamió los labios reseco con la lengua. Meneó la cabeza y abrió la boca.

Entonces, sonó un ruido semejante al taponazo de una botella de champaña. Lipsky lanzó un apagado gemido, giró sobre sus talones y se desplomó redondo al suelo.

Apenas un segundo después, vi que la pistola que había fulminado al sujeto giraba un poco y apuntaba rectamente hacia mi pecho.

CAPÍTULO VI

Mi reacción fue instantánea: salté a un lado, justo en el instante en que el arma escupía una pálida llamarada. A pesar de todo, sentí claramente el viento de la bala junto a mi cara.

Me lancé al suelo y rodé un par de veces sobre mí mismo, oyendo mientras tanto los apagados taponazos de la pistola y los crujidos del pavimento al hundirse en él los proyectiles. Al fin, encontré un grueso sillón y me parapeté detrás, encogiéndome cuanto pude.

Oí un nuevo chasquido, de diferente tono esta vez, arriesgándome a recibir un balazo, asomé ligeramente la cabeza.

El asesino había disparado desde la plataforma de la escalera de incendios contigua a la ventana. Viendo que sus esfuerzos resultaban infructuosos y que corría el riesgo de ser descubierto si continuaba en aquel sitio, bajó el bastidor y escapó.

Razoné en cuestión de décimas de segundos. Ya no podía hacer nada por Lipsky; el primer disparo le había alcanzado de lleno en el cráneo, atravesándole el cerebro, Pero sí podía hacer algo por alcanzar al criminal.

Recordé la disposición de la casa. Si me daba prisa, tal vez podía llegar a tiempo, descendiendo, no por la escalera de incendios, sino por la normal. Adoptada la decisión, apenas vi que el bastidor había sido bajado, me lancé hacia la puerta.

Descendí las escaleras de cuatro en cuatro, con riesgo de romperme la crisma en cualquier momento. La bruja de la entrada se quedó boquiabierta al verme salir huracanadamente. Dijo algo, pero el sonido de su voz se quedó muy atrás.

Corrí hacia el callejón. Había un coche negro aparcado a poca distancia del mío. En el mismo instante, el asesino —sombrero

negro, gafas negras y bufanda de seda blanca— salía a East Road.

Estiré mis piernas hasta lo inverosímil. El asesino me oyó y se volvió.

Forcejeó para sacar la pistola, que había guardada en el interior de la chaqueta negra que vestía. No le di tiempo.

Caí sobre él, abrazándole por los hombros. Calculé mal o acaso fue un exceso de impulso.

Oí gritos en la calle. Los curiosos, asomados a los balcones a causa del sofocante calor, presenciaban nuestra pelea.

Una rodilla se clavó villanamente en mi bajo vientre. Es una experiencia que no recomiendo en absoluto, palabra.

Me pareció que me habían atravesado las tripas con una estaca ardiente. Solté los brazos y manoteé frenéticamente, buscando un asidero para la caída que adivinaba inminente.

Agarré un trozo de tela suave. Un puño explotó detrás de mi oreja.

Empecé a desplomarme, girando al mismo tiempo sobre mis talones. Sentí que empezaba a perder el conocimiento.

Antes de desmayarme, pude ver, durante una fracción de segundo, el rostro del asesino. ¿Era una visión normal lo que contemplaba o el producto de una incipiente pesadilla, motivada por el golpe?

Choqué contra el suelo y ya no supe más.

* * *

Cuando desperté, estaba sentado en el asiento posterior de un coche de la policía.

Alguien me acercó a los labios un vaso de papel parafinado que contenía café. Pese al calor, la infusión me hizo revivir.

La luz del techo del automóvil estaba encendida. Parpadeé un poco y al fin pude encontrar el foco correcto de visión. Entonces distinguí a mi lado el rostro del teniente Gilpin.

—¿Qué tal te encuentras, Dane? —preguntó.

—No muy bien. —Hice una mueca—. El asesino sabe usar los puños a conciencia.

—Me han dicho que te peleaste con un hombre.

—Así fue. —Le conté rápidamente lo sucedido—. Creo que me

porté como un párvulo.

—No del todo, Dane —dijo Gilpin. Levantó un objeto blanco con la mano—. Le arrancaste la bufanda de seda, lo cual prueba tu primer aserto, esto es, lo referente al accidente de automóvil.

—Es cierto —murmuré—. Buscaba algo para agarrarme al caer y...

—¿Le viste la cara?

Hice un esfuerzo. ¿Había visto bien o se trataba de una alucinación, como ya he dicho, producida por el puñetazo tras la oreja?

No quise arriesgarme.

—Lo siento, Jack. Debí asir la bufanda cuando ya caía. ¿Escapó?

Gilpin hizo un gesto de contrariedad.

—Sí. Los testigos no pudieron divisar gran cosa tampoco; estaban demasiado lejos para ver otra cosa que un sombrero negro y unas gafas oscuras. El ala del sombrero proyectaba mucha oscuridad sobre el resto de Sus facciones.

—¿Y Lipsky?

—Ahora se lo llevarán a la *morgue*. Los expertos están terminando su trabajo. ¿Qué sacaste en limpio de la entrevista?

—Que estaba de acuerdo con el asesino. Dejé escapar una frase que le hizo perder terreno. Citó mi intento de asesinato, cuando yo no había dicho nada ni, posiblemente, tú tampoco cuando le interrogaste.

—Es cierto —convino Gilpin pesarosamente—. Confieso que me dejé engañar por la coartada y, aún más, por la denuncia del robo del coche alquilado.

—Pero no se te ocurrió preguntar al dueño del garaje si Lipsky le había participado el robo del coche.

—Tienes razón. En eso demostró su mala fe. Me tomó el pelo lindamente —admitió Gilpin sin ningún rebozo. Luego preguntó—: Así que no pudiste sacarle el nombre del fulano, ¿eh?

—No. Es decir, no tuve tiempo. Pero de haber dispuesto de cinco minutos más, lo habría conseguido sin duda alguna, Lipsky estaba ya muy «blando». En realidad, era un tipo «blando». Yo creo que el asesino hubiera terminado por liquidarlo, aunque no hubiéramos sospechado nada.

—Es posible, convino el policía pensativamente. —¿Crees tú que

pudo ser Werby?

—Francamente, no. El tipo de la bufanda de seda era mucho más alto y corpulento, como yo, aproximadamente. Werby es más bajo de estatura y rechoncho.

—Pero quizá sepa algo —sugirió Gilpin.

Me froté detrás de la oreja, allá donde el puño del asesino había hecho explosión.

—Interrógalo tú —contesté—. Yo estoy destrozado. ¡Vaya un primer día de alta de hospital! ¿Puedo marcharme?

—Claro. Ya te llamaré para que firmes una declaración en regla.

Salí del coche policial y tomé el mío. La acción me había quitado las ganas de cenar, así que me fui a la cama solamente con un par de tazas de café. Con un cigarrillo en la mano, reflexioné durante algunos minutos en lo ocurrido.

Para mí, era inevitable que Lipsky hubiese terminado muerto. Alquilar el «Cadillac» con su verdadero nombre había sido un error mayúsculo, que el asesino no podía tolerar. Lipsky tenía que morir. Ahora bien, ¿quién era el asesino?

Mentalmente, formulé numerosas hipótesis, todas las cuales fueron desechadas una por una. Sin embargo, esas suposiciones tenían un nexo común: en mi opinión, el asesino tenía que ser un sujeto conocido de Cristina Hyelton.

¿Acaso era un enamorado fanático, que no podía consentir que Cristina perteneciese nuevamente a otro hombre? Podía darse el caso, efectivamente, pero no por ello dejaría de ser alguien conocido de ella, aunque, como es lógico, si era el autor de los crímenes, debía observar un comportamiento absolutamente normal, a fin de estar fuera de toda sospecha. De no haberme peleado yo con el propio autor de la muerte de Lipsky, mis sospechas habrían recaído inmediatamente sobre Werby, pero en los breves instantes que había durado nuestro contacto corporal durante el forcejeo, había podido percatarme de que, físicamente, era muy semejante a mí. Luego Werby no podía ser, en modo alguno.

La idea del enamorado fanático ganaba terreno en mi mente. Hay tipos de esa clase, desequilibrados, sujetos a un determinado tipo de obsesión, fuera de la cual son personas absolutamente normales y hasta encantadoras. Pero cuando se roza el tema que

causa su desequilibrio, explotan como una granada.

Acabé el cigarrillo y apagué la luz. Momentos después, dormía como un bendito.

Me desperté bastante temprano a la mañana siguiente. Estuve un buen rato dentro de la bañera y al salir, después de vestirme, fui hacia el frigorífico, pues sentía, un hambre terrible.

Mi desconsuelo al verlo vacío fue enorme. Durante los días de mi estancia en el hospital, la mujer que limpiaba el apartamento se había aprovechado de lo lindo. No había allí ni para alimentar a un ratón harto.

En vista de que el estómago seguía protestando, decidí buscar un sitio donde llenarlo. Treinta minutos más tarde, contemplaba el mundo con mejores ojos, después de un sólido desayuno que repuso por completo mis energías perdidas.

A continuación, monté en el coche y me fui a ver a la cantante.

Kastor me abrió de nuevo, no sin examinarme con el mismo recelo que un cazador contempla al león, a pesar de que está seguro de poder abatirlo con su rifle. A mi petición de ver a Cristina Hyelton contestó con un gruñido ininteligible, pero no me cerró la puerta.

Poco después, estaba en el salón. Cristina vino un minuto más tarde.

Me pareció ver en su rostro un poco más de color. Incluso parecía tener mejor aspecto, más animada, en suma. Vestía una blusa corta, sin mangas, anudada, a la altura del estómago, y unos pantalones negros, tipo pirata, estrechamente ajustados a sus esbeltas caderas. Alargó una mano, fina, suave, de largos dedos, me invitó a sentarme en el diván. Ella lo hizo, sentándose sobre sus piernas, que quedaron así ocultas bajo el cuerpo.

—Supongo que me trae buenas noticias —dijo.

—Pues..., no; todo lo contrario, señorita Hyelton. ¿Ha leído usted los periódicos de esta mañana?

Abrió mucho los ojos, con evidente gesto de sorpresa.

—Aquí no entran periódicos ni revistas. Sólo algún libro de voz en cuando. Con la televisión y la radio, suelo completar mis distracciones.

—Lo cual, sin embargo, no aliviará demasiado esta clausura voluntaria a que usted se ha sometido. A la larga acaba por cansar,

¿no lo cree así?

—Señor Welt —dijo rígidamente—, supongo que no habrá venido aquí para hablar de mis condiciones particulares de vida. ¿Qué es lo que ha averiguado? —inquirió en tono seco.

—Sencillamente, que el hombre que intentó matarme hace unos días, cometió ayer un asesinato en mis propias narices.

El poco color que había en sus mejillas huyó al instante.

CAPÍTULO VII

Cristina Hyelton escuchó en completo silencio mi relación de los hechos. No se movió en absoluto; la única señal de vida que dio, fue la agitación de su pecho, que combaba la blusa con suaves curvas. Así permaneció hasta que hube terminado yo mi relato.

—No comprendo, no comprendo —murmuró débilmente.

—Yo sí comienzo a entender algo —manifesté—. En primer lugar, no se trata del espectro de su esposo, pese a lo que usted pueda creer.

—¡Pero es que yo le he visto! —clamó ella insistentemente.

—¿Dónde? ¿Cómo? ¿Cuándo? —pregunté con rapidez.

Se mordió los labios.

—En... en mi dormitorio... —dijo, titubeante.

—¿Todas las veces?

—Sí.

—¿Por las noches?

Movió la cabeza afirmativamente, sin hablar.

—¿Hacía mucho rato que se había dormido? —continué.

—No lo sé. Una hora, dos... quizá más; no estoy en condiciones de precisar el tiempo.

—¿Qué aspecto tenía? ¿Bajo qué forma camal —es decir, suponiendo que realmente fuese su espectro— se presentaba?

—Oh... era él. No vestía de ninguna forma extraña...

—Ni llevaba sábanas o túnica, ¿verdad?

—Así era. Vestía corrientemente ó, al menos, me lo pareció.

—¿Es que no lo vio bien?

—Sólo divisaba su silueta y oía su voz. Pero estoy segura de que era él —dijo con singular vehemencia.

Me froté la mandíbula. James Jonestar se había aparecido todas

las noches durante las horas de sueño. Para mí, la explicación más sencilla era que se trataba de una pesadilla, que Cristina confundía con la realidad. Pero lo cierto era que, espectro o no, pesadilla o realidad, se habían producido varias muertes, todas ellas por medios violentos... ninguna de un ataque cardíaco que hubiera sido lo lógico —simplemente, morir de miedo— al ver aparecer al espectro de James Jonestar.

—Tenemos que desechar en absoluto esa teoría, señorita, Hyelton —manifesté, después de unos segundos de reflexión—. Hemos de concentrar nuestros esfuerzos cerca de sus amistades, en las personas, concretamente varones, a los cuales usted conoce.

—¿Por qué? —exclamó ella, asombrada—. Ya le he dicho que fue...

—¡Deje en paz a su marido! —La interrumpí abruptamente—. ¡Está muerto y los muertos no matan! ¡El asesino es una persona viva, un ser de carne y hueso, métase eso bien en su linda cabecita!

Cristina se encogió un poco ante la violencia de mi ex abrupto.

—Se trata de un enamorado fanático, un obseso que no puede soportar la idea de verla feliz en los brazos de otro hombre. Ésa es mi teoría y nadie me apartará de ella. —Me puse en pie con gesto brusco—. Repase usted minuciosamente entre sus amistades y cuando haya hallado al sospechoso, avíseme para confirmar o desechar tales sospechas.

Y sin más, me dirigí hacia la puerta con paso rápido.

Cristina se incorporó de un salto.

—¡Espere, señor Welt! —exclamó.

Volví un poco la cabeza.

—Usted dirá —rezongué hoscamente.

—Le ruego me dispense —murmuró en tono contrito—. Es... es posible que tenga usted razón, pero en este momento, no se me ocurre ningún posible sospechoso.

—Bien, por esto le digo que piense, que refresque su memoria. Lleva un año retirada, pero antes viajó mucho por el país, ¿no es cierto? Debe tener un gran número de amistades. Algún conocido debe estar ciegamente enamorado de usted, tan obsesionadamente enamorado, que es capaz de todo, incluso de asesinar, con tal de impedir que pertenezca a otro hombre, buscando acaso la manera de obtenerla a usted al cabo del tiempo, cuando se convenza de que

sólo con él será dichosa. ¿Quién sabe —concluí— si ese mismo sujeto no fue el que provocó el accidente en que murió James Jonestar?

Los ojos de Cristina se agrandaron enormemente.

—¡Dios mío! —exclamó—. Esa posibilidad no se me había ocurrido en absoluto.

—¿Lo ve usted? —dije, satisfecho—. Quizá hemos dado ya un paso en la buena dirección. Esfuércese por recordar...

—Pero, en tal caso, significaría que ese hombre está enamorado de mí desde hace muchísimos años —opinó ella.

—¿Y qué? Un enamorado fanático dispone de la paciencia de un elefante para conseguir sus fines. Es capaz de esperar años y más años, con tal de lograr un día, tarde o temprano, lo que se propone. No piense en ello y haga lo que le he dicho. Adiós.

Abandoné el salón y pasé al vestíbulo. Lea Tsaray, la opulenta ama de llaves, me esperaba ya allí.

—¿Consiguió algo? —preguntó en tono confianzudo.

La miré de hito en hito.

—¿Aprecia usted a la señorita Hyelton?

—Muchísimo —respondió Lea sin vacilar—. Llevo junto a ella seis años, es decir, desde que murió su esposo, y sé cuánto vale. Es una chica magnífica, que necesita desesperadamente ser feliz.

—Y un marido y cuatro o cinco críos subiéndosele por las rodillas. Pero, a lo que se ve, ese programa no seduce precisamente al fantasma de James Jonestar.

El ama de llaves se estremeció, de tal modo que su abundante pecho se agitó con temblores un tanto gelatinosos.

—Sí, es cierto —murmuró con voz sorda.

—De modo que usted es de las que también creen en las apariciones de ultratumba de James Jonestar —dije.

—Sí —murmuró con voz apenas audible.

—¿Vio el fantasma?

—No, pero... Pero oí gritar a la señorita Hyelton y me levanté... Era algo horrible; estaba muy asustada y temblaba como una hoja seca. Sudaba copiosamente y... ¿No se imagina cómo puede quedar una persona después de una aparición semejante?

—No, porque jamás Se me ha aparecido ningún fantasma y, esperó, no se me aparecerá nunca. De todas formas, gracias por sus

respuestas, señora Tsaray.

—¿Se va sin decirme lo que ha conseguido averiguar estos días?
—indicó Lea.

La miré fijamente durante unos segundos.

—He sido contratado por la señorita Hyelton —dije significativamente.

Lea enrojeció hasta el nacimiento de los senos, que se agitaron visiblemente una vez más, al comprender mi alusión. Toqué el ala del sombrero con dos dedos y salí al jardín.

El ciclópeo Kastor se materializó de pronto cuando estaba llegando ya a mi coche. Como de costumbre, caminaba con paso elefantiaco, pero me dije que en caso de pelea, uno no debía confiar jamás en su aparente lentitud. Uno ve correr a un elefante y le parece que va muy despacio, pero, en realidad, es capaz de adelantar a un caballo al galope. Así era Kastor.

Cuando se dirigía hacia la puerta le llamé.

—¿Kastor?

Volvió la cabeza, contemplándome con sus ojos bovinos.

—Uh —dijo solamente.

—¿Ha visto usted alguna vez al fantasma del difunto esposo de Cristina Hyelton?

—Fantasma, uh —contestó.

—¿Sí o no?

—Uh, uh... —Y abrió la puerta.

Meneé la cabeza. Kastor debía haber sido elegido por su fuerza y no por su inteligencia, la cual debía funcionar únicamente en relación con sus músculos. Todo lo demás no le importaba o bien no era digerido por su cerebro de mosquito.

Abandoné la casa y regresé a la ciudad.

Por la tarde, me decidí a hacer una visita.

La señora Stoddart era una mujer alta, delgada, angulosa, de cabellos completamente blancos y mirada penetrante, en la que se reflejaba una carencia absoluta de amabilidad. Tenía alrededor de los sesenta años, pero se mantenía en buen estado físico.

—Me llamo Dane Welt —me presenté.

—Usted es hombre y, claro, defiende a la mujer. Pero una madre sabe muy bien lo que le conviene a su hijo...

—Menos cuando está cegada por el amor maternal —la atajé

con cierta violencia, a la vez que me ponía en pie—. Dígame, señora Stoddart, ¿cuántas veces trató John de contraer matrimonio y usted le disuadió de su idea, con pretextos artificiosos?

—¡Oh!

La mujer se ahogaba. Comprendí su carácter al momento. No era ya que se tratase de Cristina Hyelton, sino de cualquier otra mujer. La señora Stoddart pertenecía al tipo de esas madres absorbentes, egoístas, cuyo cariño maternal hacia su hijo único las ciega de tal modo, que no conciben en absoluto que éste pueda compartir su vida con otra mujer, que pueda casarse y, naturalmente, sentir cariño por una mujer que no sea ella. Era una de esas madres que estropean continuamente los proyectos matrimoniales de sus hijos y que, a veces, si éstos consiguen realizar sus propósitos, convierten el matrimonio en un infierno con sus continuas intromisiones de suegra despechada. Pero las precedentes observaciones son meramente subjetivas y no tienen relación, apenas, con el asunto que me traía entre manos.

—Quizá usted —añadí— hubiese podido evitar la muerte de John.

—¿Cómo? —estalló—. ¿De qué manera?

—No lo sé, pero lo primero que debía haber hecho era no obstaculizar sus propósitos. Conozco bien a la señorita Hyelton y sé que no hubiese podido usted tener una hija política mejor, aunque la hubiese mandado hacer de encargo. Gracias por haberme recibido, señora Stoddart.

Recogí mi sombrero y me marché. Mis palabras habían sido duras, evidentemente, pero se las tenía bien merecidas.

De todas formas, me sentí decepcionado. Creí que la visita me iba a proporcionar alguna nueva pista, pero no había conseguido nada. Entre unas cosas y otras, se me había hecho ya demasiado tarde, así que decidí dejar el resto de las pesquisas para el día siguiente. O, ¿quién sabía?, los días siguientes.

CAPÍTULO VIII

Fred Carr no tenía madre o, por lo menos, no conseguí averiguar que la tuviese. En cambio, sí vivía un hermano suyo, llamado Peter, alto empleado de una importante compañía de seguros.

Después de pensarlo un poco, preferí no verle en su despacho oficial. Sabía que alrededor de las diez y media salía a tomar una taza de café a un bar situado en las inmediaciones del edificio donde trabajaba, así que me aposté allí y me dispuse a esperar el tiempo necesario.

Peter Carr fue relativamente puntual. A las diez y veinticinco apareció en la cafetería. El barman, previamente «engrasado» con un billete me lo señaló inmediatamente.

Apuré el último sorbo de café y me acerqué al sujeto. Era un tipo alto, bien plantado, cercano a la cuarentena, con las sienes distinguidamente plateadas; en suma, la clase de hombre que hace volver la cabeza a las mujeres desde los quince a los setenta años.

—¿Señor Carr?

Me miró como si yo fuese un insecto.

—¿Sí? —dijo con un acento más frío que un huracán en el Ártico.

—Me llamo Welt, Dane Welt. Soy investigador privado y desearía de usted ciertos informes acerca de un asunto un tanto desagradable. Lamento tener que molestarle, pero, créame, no es mía la culpa.

—Ahorre sus palabras y vaya al grano, señor Welt. Dispongo de poco tiempo. ¿De qué se trata?

—De su hermano Fred, señor Carr.

La expresión del tipo era dura ya, pero se hizo de puro granito al oír mis últimas palabras.

—¿Qué diablos quiere usted que le diga? —dijo, mordiendo casi las palabras.

—Su opinión acerca del desdichado suceso que costó la vida a su hermano —manifesté sin rodeos.

—¿Qué puede interesarle mi opinión? —masculló acremente—. Metió la cabeza en el homo de la cocina y abrió la llave del gas, eso es todo.

—Ése es el informe policial, señor Carr —dije, impasible—. Pero yo poseo otros que me hacen suponer que se trata de un asesinato y no de un suicidio.

—¿Está seguro? —preguntó Carr, súbitamente interesado.

—Lo suficiente para que una persona me haya contratado con objeto de averiguar la verdad y, si es posible, descubrir al criminal. Claro que —añadí—, en tal caso, la policía se encargaría de él, como es lógico.

Los ojos de Carr chispearon.

—Entonces le diré quién fue. Vaya y entréguelo a la policía... Entréguela, mejor dicho, porque se trata de una mujer.

Procuré mantenerme sereno.

—¿Una mujer? —No sé por qué, pensé, en Lea Tsaray inmediatamente.

—Sí. Cristina Hyelton, una fulana con el aspecto de una mosquita muerta y los hechos de una Mesalina. Ésa fue quien mató a mi hermano Fred.

—¿Está seguro de lo que dice? —pregunté.

—Absolutamente. Fred no tenía motivo alguno para suicidarse.

—Es posible —convine cortésmente—. Pero, en su opinión, ¿cuáles eran los motivos que impulsaron a la señorita Hyelton para cometer tan execrable crimen? ¿Dinero? ¿Celos? ¿Odio?

—Los dos últimos. Celos y odio.

—Explíquese, por favor.

Mientras hablaba, Carr removía el azúcar de su taza de café con una cucharilla. Se tomó la infusión de un trago y luego dijo:

—Estaban a punto de casarse. Entonces, Fred descubrió la clase de mujer que era y rompió el compromiso. Ella, celosa y desechada, lo asesinó.

—¿Cómo supo usted que su hermano había descubierto, digamos, ciertas cualidades no recomendables en la señorita

Hyelton?

—Ése es un tema que prefiero no tocar —respondió cortésmente—. Y ahora...

—¡Aguarde un momento! —le atajé, viendo que quería dar la conversación por terminada—. Si sostiene la tesis de que Cristina Hyelton es la asesina de su hermano, ¿por qué no la denunció a la policía?

Peter Carr palideció ligeramente.

—Yo... bueno... Es que...

Toda su seguridad había desaparecido de pronto. Mi pregunta le había pillado con un pie en el aire y el que tenía apoyado en el suelo, le flaqueaba.

—Le diré lo que pasó —manifesté, implacable—. Tengo la seguridad de que usted también pretendía a esa muchacha, pero ella prefirió a su hermano. Despechado, le dijo —o acaso le envió un anónimo cobarde— mil calumnias acerca de la mujer con la cual se iba a casar. Usted tiene todo el aspecto del hombre poco acostumbrado a ser rechazado por las mujeres y la acción de Cristina Hyelton le llenó de ira y de envidia. Por eso la llenó de barro, buscando la ruptura del compromiso, el cual, que yo sepa, se mantenía todavía en el momento de la muerte de Fred. Ahora bien, la casualidad quiso que no fuera usted el único en tales condiciones con respecto a la señorita Hyelton, sólo que usted fue cobarde y el otro no. El otro mató a su hermano y preparó la escena para que apareciese como suicidio.

Carr tenía la boca abierta de par en par.

—Por eso, porque el despecho le dura aún —continué—, su opinión acerca de ella no ha variado todavía. Pero si la señorita Hyelton le sonriese un poco, usted correría a su lado, meneando abyectamente la cola y lanzando ladridos de alegría. Eso es todo, señor Carr. ¡Buenos días!

Le dejé allí, más tieso que un poste, sin haber podido recobrar el uso de la palabra. Pero me marché frustrado y decepcionado.

Había hecho dos visitas y en ambas había obtenido un resultado similar en el fondo. Tanto la señora Stoddart como Peter Carr odiaban a Cristina Hyelton, por motivos no demasiado diferentes, aunque en el caso de Carr había que agregar la rabia de verse desdeñado por la joven. No obstante, la conversación con éste me

había dado pie para hacer dos llamadas telefónicas, lo cual llevé a cabo no mucho más tarde, apenas me topé al paso con una cabina de teléfonos.

La primera llamada iba dirigida a Jack Gilpin. El policía me preguntó si había averiguado algo. Yo le dije que no y, acto seguido, le pregunté si sabía de alguna denuncia respecto a Cristina Hyelton como asesina de Fred Carr.

—Espera un momento —dijo—. Consultaré los archivos.

La voz de Gilpin sonó un minuto después.

—Hay en el sumario una nota anónima, denunciándola como autora de la muerte de Fred Carr. La investigación subsiguiente demostró que ella no pudo ser, dada la coartada presentada.

—Así que una nota anónima, ¿eh?

—Sí, Dane.

—Bueno, te diré quién la escribió. Ve a ver a Peter Carr —le facilité la dirección— y pídele una muestra de su letra.

—¿Y qué adelantaré yo con eso? ¿Es que fue el asesino de su hermano?

—Creo que no, pero, al menos, le darás un buen susto. Cometió una canallada al pretender quitar a su hermano la mujer con la cual pretendía casarse.

—Y por esa razón, Fred Carr se suicidó.

—No. El anónimo coincidió con el crimen, por pura casualidad.

—Está bien, aunque a menos que Cristina Hyelton formule una demanda contra Peter Carr, no podremos hacerle nada.

—Bueno, ya veremos. Te llamaré otro rato, Jack. Gracias.

Colgué el teléfono, busqué más monedas y llamé a Cristina.

—¿Señor Welt? —dijo ella, ansiosamente.

—Sí. Escúcheme, quiero que me conteste algunas preguntas.

—¿Ha averiguado algo más?

—Hasta cierto punto. Dígame, ¿sabía usted que Fred Carr tenía un hermano?

—Sí, claro. Se llama Peter.

—¿La pretendió a usted?

Cristina guardó silencio unos momentos.

—Sí.

—¿Y...?

—Tuve que rechazarle. Llegó a ponerse pesadísimo, incluso

bordeando los límites de la grosería. Yo quería a Fred.

—Y él envió un anónimo a Fred, cubriéndola a usted de ignominia. ¿Lo sabía usted?

—¡No, por Dios! —exclamó ella irritada.

—Bien, pues ahora ya lo sabe. De todas formas, ésta no nos hace adelantar gran cosa en nuestra labor. También estuve hablando con la madre de John Stoddart.

—Nunca le fui simpática —reconoció ella.

—En este caso, no se trata de usted solamente, sino de cualquier mujer que hubiese aspirado a casarse con su hijo. John murió poco después de haber dejado su casa, ¿no es cierto?

—Sí, como cinco o diez minutos después.

—Es lo que me suponía. El asesino ejecutó con él la misma labor que le falló conmigo.

Cristina emitió un gemido.

—A veces —dijo quejumbrosamente—, pienso si no estaré maldita...

—¡No diga tonterías! —barboté—. Sencillamente, hay un hombre al que no le agrada la idea de que usted se case con otro, eso es todo. ¿Todavía no ha conseguido encontrar ion sospechoso entre sus conocidos?

—No, sinceramente, no se me ocurre ningún nombre. Por supuesto, he tenido que rechazar muchas proposiciones —no me tome usted por presuntuosa, pero es así—; sin embargo, no voy a acusar a todo el que me pidió fuera su esposa y que yo rechacé.

—Entonces, habría millares de sospechosos —dije, de buen humor.

Creí oír una ligera carcajada, aunque no estoy seguro del todo.

—Está bien, ya la llamaré cuando haya averiguado algo más. Adiós.

—Adiós, señor Welt.

Colgué el teléfono. De allí me dirigí a visitar a Werby.

El agente artístico no estaba. La secretaria me informó que había salido para realizar unas diligencias y que seguramente estaría todo el día fuera. Dominando mi enojo, abandoné la oficina.

Estaba empapado de sudor. La temperatura era asfixiante.

Pensé que una ducha y un cambio de ropas me sentarían muy bien. Tomé el coche y me dirigí hacia raí casa.

Momentos después, entraba en el apartamento. Abrí la puerta, crucé el umbral y en el mismo instante, algo cayó sobre mi cráneo con estruendo atronador.

Lo último que vi fue que el dibujo de la alfombra Se acercaba vertiginosamente a mi rostro. Extendí las manos instintivamente para parar el golpe, pero ya no supe más.

CAPÍTULO IX

Llovía abundantemente. El ruido de la lluvia llegaba a mi cerebro a través de una espesa capa algodonosa que amortiguaba notablemente su estruendo. Al mismo tiempo, notaba una agradable frescura, porque sentía que el líquido me mojaba todo el cuerpo.

Noté que me dolía la nuca. ¿Por qué sentía aquel dolor?

Abrí la boca para lanzar una enérgica interjección. De pronto, acaba de recordar el golpe recibido.

La lluvia me entró a raudales por la boca, llegando hasta mis fauces y haciéndome toser aparatosamente. También penetró por mi nariz.

Me revolví inquieto. Abrí los ojos y se me llenaron de agua.

¿Qué diablos sucedía?

Manoteé furiosamente. El ruido de la lluvia continuaba *in crescendo*.

De pronto, al realizar un movimiento más brusco, me di cuenta que no estaba en pleno campo como yo creía, sino dentro de la bañera.

Me senté de golpe, despavorido y sin aliento.

Miré en torno mío, aturdido todavía y lleno de desconcierto. ¿Quién me había metido en la bañera y abierto el grifo?

Observé que estaba completamente desnudo. De modo maquinal, alargué la mano y cerré el grifo. Luego me toqué la nuca, donde el bulto del golpe era menos pronunciado de lo que debía haber sido, a causa del remojón y de la frialdad del líquido, que había contenido notablemente el hematoma.

Miré en torno mío. Las ropas no estaban en la banqueta.

Empecé a reflexionar. De pronto, comprendí lo ocurrido.

Poniéndome en pie, abandoné la bañera. Tomé un toallón, me

sequé parcialmente y luego metí los pies en las zapatillas de baño, que alguien había dejado convenientemente a mi alcance. Entonces, de modo repentino, oí que se abría la puerta del apartamento.

—¡Señor Welt! —Oí una voz muy conocida.

Me asomé a la puerta del baño.

—Un momento, por favor, señorita Hyelton —grité.

Pero ella no hizo caso. Guiándose por el sonido de mi voz, taconeó hacia el baño.

—¿Qué es lo que quiere usted de mí? —preguntó, apenas me vio, asomando solo la cabeza por un resquicio de la puerta.

Debí poner una enorme casa de idiota.

—¿Qué yo...? —exclamé, aturdido—. Sinceramente, no la entiendo, señorita Hyelton. ¿Cómo se le ha ocurrido venir a mi casa?

—¡Usted me llamó hace poco! —respondió ella en tono acusador.

Reflexioné unos instantes.

—Aguarde un par de minutos, por favor —rogué.

Cerré la puerta, tiré la toalla a un lado y me puse una bata de baño. Luego salí a la habitación donde me aguardaba ella, con una indiscutible expresión de impaciencia reflejada en su lindo rostro.

—Perdone que la reciba de esta manera —me excusé—, aunque si tiene la bondad de esperar a que me vista, podré explicárselo convenientemente.

—No es necesario —respondió ella—. La vista de un hombre en bata de baño no es cosa que me produzca desmayos. Lo que sí me interesa es saber para qué me llamó usted. Al parecer, los motivos de su llamada encerraban una gran urgencia.

—Sí —contesté—. La urgencia de que se encontrara usted complicada en mi muerte. Venga conmigo a la cocina, por favor; tomaremos una taza de café.

Ella me siguió, atónita y sin acertar a pronunciar una palabra. Puse la cafetera al fuego y luego me volví a mirarla.

—Cuando yo llegué a casa, el asesino estaba aguardándome detrás de la puerta —manifesté—. Me golpeó, dejándome sin sentido; luego me desvistió, me metió en la bañera y a continuación abrió el grifo. No es una cosa infrecuente que una persona resbale en la bañera, se golpee la nuca, pierda el conocimiento y luego

perezca ahogada. Eso es lo que el asesino pretendía hacer conmigo.

Los ojos de Cristina se dilataron por el horror que le causaban mis palabras.

—¡Dios mío! ¿Y, cómo ha podido ser eso?

—Digamos mejor quién ha sido —rectifiqué—. Y, añadamos de paso, que esa fingida llamada, fue hecha con la intención de que usted fuera sorprendida en mi apartamento, en el momento de ser descubierto mi cadáver. Lo cual quiere decir que antes de muy pocos minutos, tendremos aquí a la policía.

Apenas había pronunciado esta frase, se escuchó el ulular de una sirena policial.

—¿Lo ve usted? —dije, sonriendo—. Ya vienen. El asesino ha calculado dos cosas: una, que yo he muerto ya ahogado; otra, que usted acaba de llegar y se encontrará con mi cadáver dentro de la bañera. Figúrese el resto usted misma.

La cara de Cristina era una mancha de lívida blancura.

—Pero ¿por qué, Dios mío, por qué? —gimió.

—Sencillamente, ese obsesionado admirador está dispuesto a amargarle la vida por todos los medios, a menos, claro está, que usted acceda a convertirse en su esposa.

—¡Pero si yo no le conozco! —gritó Cristina desesperadamente.

En aquel momento, oí el ruido de unos pesados zapatos por el pasillo que conducía al apartamento.

—Cuide del café, por favor —supliqué. Y me dirigí hacia la puerta.

La abrí justo en el momento en que un fornido sargento de policía se disponía a golpearla con sus puños. Detrás de él se veía a un agente, también de uniforme, con la mano puesta en la culata de su pistola, aunque sin sacarla de su funda.

—¿Dónde está? —preguntó el sargento hoscamente.

—¿Dónde está, quién? —fingí una inocencia total.

—Hemos recibido un aviso de la Jefatura, diciendo que había un cadáver en este apartamento, precisamente el de su propio ocupante, un tipo llamado Dane Welt, investigador privado.

—El tipo a que usted alude, sargento, soy yo —respondí—. Debe tratarse de una broma estúpida. De todas formas —me aparté a un lado—, como no quiero obstaculizar su labor, entren y revíslenlo todo.

Los policías franquearon resueltamente el umbral. Cristina apareció en aquel momento bajo el dintel de la cocina.

—¿Quién es esta dama? —preguntó el sargento.

—Es la señorita Cristina Hyelton, cliente mía —respondí—. Había venido a visitarme para un asunto pendiente entre ambos cuando ustedes llegaron. Pero, pasen, pasen y examinen el piso a su placer. Ah —añadí—, llamen a continuación al teniente Gilpin y díganle lo que ocurre. Es buen amigo mío.

—Precisamente es el teniente Gilpin quien nos dio la orden de intervenir —contestó el sargento agriamente—. Joe, anda y mira la casa, mientras yo hablo con el teniente.

El sargento descolgó el teléfono y se puso en comunicación con Gilpin. Habló rápida y brevemente y luego me pasó el aparato.

—El teniente quiere hablarle —dijo, muy amoscado.

La voz de mi amigo sonaba con claros trémolos de irritación.

—Dane, por lo que más quieras, explícame de una vez qué demonios te propones con esa broma tan estúpida. ¿Acaso buscas un publicidad sensacionalista en los periódicos?

—Pues no, no, claro está; pero ya hablaré contigo más tarde. Ahora déjame que te diga solamente que no ha sido cosa mía. Con eso tienes suficiente, Jack.

Y colgué.

El sargento me miraba con muy malos ojos.

—Ya veo que alguien tiene ganas de jugar —rezongó—. Desde luego, si le pongo la mano encima, van a tener que recogerle con pinzas. ¡Joe, vámonos!

Los dos policías se marcharon, haciendo resonar airadamente sus pesados zapatones. El llamado Joe pegó un portazo al salir que hizo caer un cuadro al suelo.

Colgué éste nuevamente y me volví hacia Cristina.

—¿Está el café? —pregunté.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

Entramos en la cocina. La infusión hizo volver a su cara algo de color. Entonces, mientras yo encendía un cigarrillo, ella preguntó:

—¿Puedo saber de una vez qué es lo que ha pasado?

—Ya se lo dije —contesté, expulsando el humo—. Alguien quiso matarme y comprometerla a usted.

—Pero se hubiese demostrado que yo no había tenido nada que

ver con su muerte.

—Acaso. No obstante, el asesino habría conseguido dos objetivos con un solo movimiento.

—Comprometerme gravemente —apuntó ella—. Eso ya lo ha dicho.

Me froté la mandíbula. Si el asesino estaba loco por Cristina, no tenía sentido alguno involucrarla en un supuesto crimen, máxime cuando la cosa se había presentado bajo la apariencia de un vulgar accidente sufrido en el cuarto de baño. Ciertamente, la publicidad derivada del hecho no hubiera resultado grata para Cristina Hyelton, pero su inocencia habría terminado por resplandecer.

—Ya lo tengo —exclamé, al cabo de unos segundos de reflexión—. Ya he encontrado el segundo objetivo.

—¿Cuál es? —preguntó ella.

—Usted, de no haber despertado yo a tiempo, habría encontrado mi cadáver. Con esto, el asesino quería indicarle que no debe recurrir a nadie para librarse de ese supuesto espectro de su difunto esposo. Una advertencia inequívoca, ¿comprende?

Ella asintió con gesto meditabundo.

—No obstante, las apariciones continúan en vigor, perdón, quise decir que el hecho de las apariciones persiste todavía, aunque él no se haya dejado ver en los últimos tiempos.

—Ése es un truco barato del asesino para impresionarla —contesté—. Sostengo firmemente la teoría de que se trata de un maniático, cuya vida, en cuanto no se relaciona con usted, es completamente normal. Por eso nos cuesta tanto descubrirle.

Cristina dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo, con un gesto lleno de desaliento.

—Francamente —dijo con voz apagada—, ya no sé qué hacer, señor Welt. ¿No puede darme usted un consejo?

Tiré mi cigarrillo consumido en la taza vacía de café.

—Éste es el segundo intento de asesinato de que soy objeto en poco tiempo... ¡Espere un momento!

Cristina me miró interesadamente.

—Había olvidado un detalle —dije—. El asesino me lanzó fuera de la carretera a pocos minutos de haber abandonado su mansión. Eso significa que me estaba esperando... y me aguardaba, porque sabía que yo había ido a su casa.

Ella abrió mucho los ojos, al comprender el significado de mis frases.

—Es cierto —concordó—. El asesino lo sabía... pero ¿quién se lo dijo?

—Esa misma pregunta me formulo yo. Usted me citó por carta. ¿Quién la echó al correo?

—Yo se la di a Lea Saray.

—¿Confía en el ama de llaves?

—Totalmente...

—¿Sabe si fue ella la que la echó al correo?

—Tuvo que hacerlo. Es la que se encarga de la compra de víveres y de todo cuanto es necesario para la casa.

—¿Y Kastor?

—Permanece continuamente de guardia. No se mueve nunca. Me mordí los labios un instante.

—Alguno de los dos la ha hecho traición, señorita Hyelton —afirmé rotundamente.

—Eso no puede ser... —Pero se calló al instante, dándose cuenta de la absoluta certeza de mis palabras.

—¿Cuál de ellos? —pregunté.

Hubo una pausa de silencio. Ella movió la cabeza.

—Con franqueza, no puedo señalar a ninguno.

—Tengo entendido que Lea entró a su servicio al poco tiempo de la muerte de James Jonestar.

—Así es —reconoció Cristina.

—¿Qué hay de Kastor?

—Trabajaba ya para mi esposo, antes incluso de conocerle yo. No sé qué clase de trabajos efectuaba y, desde luego, le vi muy pocas veces. Después, cuando decidí encerrarme en mi casa, puse un anuncio solicitando un guardián particular. Se presentó él y puesto que le conocía y me convenía, le admití.

Hice un signo de asentimiento. Si Kastor había trabajado ya para James Jonestar antes de que éste descubriese a Cristina como estrella y después se convirtiese en su esposo, resultaría interesante saber qué clase de «trabajo» había efectuado para el difunto.

—Está bien —resolví al cabo—. Vuélvase a su casa y permanezca allí. No salga bajo ningún concepto, ni aunque fuese yo mismo el que la llamara. ¿Estamos?

Ella me dirigió una mirada implorante.

—¿Resolverá usted de una vez esta enojosa situación? — preguntó con voz ahilada.

—Para eso estoy aquí —respondí, abombando el pecho.

Pero no estaba tan seguro de conseguirlo.

CAPÍTULO X

Tuve que llamar a mi amigo el policía y contarle todo lo sucedido. A fin de cuentas, por lo que pudiera ocurrir me convenía estar a bien con él. Jack Gilpin despotricó en abundancia contra la indigna especie de los detectives privados y terminó preguntándome si quería alguna protección. Se lo agradecía, pero me negué en redondo. Luego colgué.

Me tendí en la cama, no sin antes haber cerrado, la puerta del apartamento con doble vuelta de llave. Estuve reflexionando durante largo rato. Necesitaba a toda costa adquirir informes de dos personas: Lea Tsaray y Kastor, sobre todo de este último, mucho más sospechoso, a mi entender, que el ama de llaves. No obstante, convenía indagar sobre ambos. Puesto que Cristina me había citado por carta, escrita de su puño y letra, y el asesino se había enterado de ello, no me cabía la menor duda que uno de los dos se había enterado del contenido de la carta.

¿Cuál de ellos?

La solución me llegó a la mañana siguiente, después de un largo y descansado sueño. Tomé mi desayuno y acto seguido me encaminé a la redacción del *Post*.

Pregunté por Rising Ames. Era el encargado del archivo, un veterano reportero, con sesenta y pico de años sobre sus costillas, conocedor de sesenta mil historias y «matador» de, por lo menos, sesenta mil botellas de *whisky*. Los años le habían relegado a aquel puesto secundario, aunque no eran tantos como decían los malintencionados, quienes aseguraban de que ya estaba esperando a Cristóbal Colón antes de su primer desembarco, para hacer la información en exclusiva.

Ames vino a mí con su sempiterna colilla de cigarro pirro

prendida de los tres únicos dientes que le quedaban. En alguna ocasión, había precisado de sus servicios y me apreciaba, sobre todo, teniendo en cuenta que mis visitas le habían reportado, en cada caso, el importe de dos botellas por lo menos.

Esta vez había que portarse con mayor generosidad todavía, así que le entregué dos de a diez como primer saludo.

—¡Hum! —Gruñó el vejete—. ¿Esperas mucho de mí, Dane Welt?

—Lo espero —contesté, impávido—. Desempolva tu cerebro y disponte a contestar a mis preguntas.

—Adelante, buscapistas. ¿De quién se trata en esta ocasión?

—James Jonestar.

Ames levantó un ojo al techo, mientras le extraía todo el jugo posible a los restos de su puro.

—Se mató en un accidente de automóvil. Iba con su mujer, una linda cantante, llamada Cristina Hyelton. El coche ardió. Él se asó dentro. Ella tuvo más suerte; pudo escapar arrastrándose o bien fue despedida.

—Es lo mismo. Y eso ya lo sabía. En realidad, quiero preguntarte más bien por un tipo que solía trabajar para él. Es un gigante que pesa cuatro toneladas por lo menos y que tiene la inteligencia de un mosquito carente de vitaminas.

—Kastor —dijo Ames sin vacilar.

—El mismo. ¿Qué sabes de él?

—Era «gorila» de Jonestar.

—¿«Gorila»? —repetí—. ¿Y para qué diablos quería un gorila un agente artístico como Jonestar?

—En otros tiempos, antes de entrar en esa rama del negocio, fue prestamista.

—Comprendo —dije, apretando los labios. Prestaba dinero a intereses usurarios, reñidos con la ley, y debía tener a Kastor como gorila y matón para convencer a los morosos. La forma en que Kastor debía «persuadir» a los que se retrasaban en devolver el préstamo, más unos intereses, que en la mayoría de las ocasiones superaban en mucho el importe primitivo del préstamo, era fácilmente comprensible. En resumen, Se trataba de un «gangsterismo» de menor cuantía, pero no menos despreciable que los que envuelven asuntos mucho más importantes.

—Es raro que Jonestar abandonase ese negocio —comenté al cabo de un segundo de reflexión.

—Bueno, no me creas mucho, pero tengo entendido que hizo un préstamo en cierta ocasión a un agente artístico y como éste no pudo pagar a su debido tiempo, Jonestar, tras la consabida paliza por parte de Kastor, se quedó con el negocio. Inesperadamente, Jonestar supo hacerlo prosperar, bien es verdad que empleando al principio trucos sucios, dignos de un pandillero, y entonces dejó el asunto de los préstamos, menos rediticio.

—Comprendo —murmuré—. ¿Y qué me dices de Werby?

—Ése parece ser un hombre honrado. A fin de cuentas, aunque de una forma un tanto reñida con la ética, Jonestar había conseguido una notable prosperidad para la agencia. Por lo visto, quiso después hacer olvidar su pasado y se asoció con Werby. Éste es un tipo de muchas vista y capaz de esquilmar a su propio padre, pero no se le ocurriría hacerlo enviando a tipos como Kastor a intimidarle, sino utilizando todos los trucos legales posibles en los contratos. Tengo entendido que se graduó como abogado allá en sus años jóvenes.

—El resto es fácil de imaginar —comenté—. Bien, Rising, te has portado como un hombre. Gracias por todo.

—A ti, Dane.

Salí del edificio del *Post* y me metí en un bar cercano. Hacía un calor asfixiante y el local tenía aire acondicionado. Me senté en un taburete y pedí un jarro de cerveza.

Mientras bebía a pequeños Morbos, me pregunté qué clase de lealtad guardaba Kastor hacia su difunto patrón. Ahora ya no me cabía la menor duda de que estaba metido en el ajó, como vulgarmente suele decirse, y que era el que había leído la carta en la que Cristina requería mis servicios. Pero ¿quién era el asesino al que había avisado?

Fumé un par de cigarrillos. El hombre de la bufanda blanca no tenía ni de lejos la corpulencia de Kastor. Especulé con la posibilidad de que fuese el propio Kastor el que quisiera preservar la memoria de su difunto patrón, debido a una desequilibrada lealtad que se conservaba hasta más allá de la muerte. Pero había buscado un cómplice, en realidad, un ejecutor material de las muertes cometidas. ¿Quién se había arriesgado a tanto?

Convenía no olvidar el pasado de Kastor. Debía haber conocido, años atrás, diez cuando menos, a más de uno y también más de cinco asesinos profesionales. En, tal caso, cabía la posibilidad de que su supuesto desequilibrio le hubiese llevado a contratar los «servicios» de uno de esos matadores profesionales, todo ello para que Cristina Hyelton, a la fuerza se mantuviese fiel a la memoria de su primer y poco recomendable esposo.

De pronto, se me ocurrió una idea. ¿Por qué no tenderle un lazo a Kastor? Si conseguía hacerle caer en la trampa, tal vez consiguiese averiguar quién era el asesino. Ahora, sin embargo, lo que me convenía era idear el ardid de modo que no pudiese fallar.

No tardé mucho en encontrar la idea.

* * *

Richard Yancey era un joven de unos treinta años, alto, atlético, guapo, es preciso reconocerlo, con todo el aspecto de un deportista ocioso, que se permite el lujo de vivir sin trabajar gracias al dinero propio... o al de los demás. En el caso de Yancey tenía la sensación que el lujoso apartamento en que habitaba se debía precisamente al dinero de «las» demás... y ustedes perdonen la manera de señalar.

Me recibió envuelto en un costoso batín de seda y cubierto su cuello con una bufanda de seda roja. Por asociación de ideas recordé inmediatamente al asesino, pero descarté en el acto que lo fuera él. No, Yancey no era de la clase de gente que mata ni siquiera por dinero, cuando él tenía el tipo suficiente para obtenerlo de las mujeres con poco más que cuatro pestaños hábilmente calculados y seis frases melosas. Antiguamente se les denominaba «gigolós»; hoy se les dice «play-boys». Suficiente, ¿no?

Haciendo un esfuerzo, levantó la ceja derecha con gesto inquisitivo, una vez le hube anunciado mi nombre y profesión.

—¿Y bien, señor Welt?

—Desearía pedirle un favor. Trabajo para la señorita Hyelton.

—Ah, Cristina Hyelton —exclamó—. Una linda muchacha. ¿Qué le ocurre ahora?

—Ella necesita de usted —mentí descaradamente.

—¿De veras? —El tono de Yancey era fríamente burlón.

—Sí. Está en un apuro y...

Yancey movió ligeramente la mano, haciendo un ademán altamente significativo.

—Sígame, señor Welt, tenga la bondad.

Un tanto desconcertado, hice lo que me decía. Caminé detrás del sujeto, hasta llegar a su dormitorio, en el cual divisé un gran baúl y dos o tres maletas, piezas de equipaje todas ellas en disposición de ser utilizadas.

—Lo siento —manifestó Yancey sin alzar la voz—. Me voy a Europa. Dígale a Cristina cuánto lo lamento y añada también que me es absolutamente imposible cancelar mi presente compromiso.

Vacilé un instante. ¿Se iba por conveniencias propias o por haber recibido algún siniestro anónimo?

—¿Le han amenazado de muerte? —pregunté de sopetón.

—¡Qué tontería! —rió Yancey—. ¿Quién iba a amenazarme a mí? No hago mal a nadie, tengo buenos amigos, pago puntualmente mis impuestos... No, me marcho simplemente... porque tengo un compromiso.

—Está bien —dije—. Me figuro que le es imposible eludir tal compromiso. Pero lo que voy a pedirle es cosa de poca monta. Se trata, simplemente, de que escriba a la señorita Hyelton unas líneas...

—¡Nunca! —explotó el tipo con una violencia que me dejó atónito. Luego comprendí que los sujetos como él procuran siempre cuidadosamente no dejar ninguna huella escrita de sus «acciones». Esto suele traer otra clase de compromisos, generalmente no tan agradables como el que había contraído.

—Muy bien —respondí—. De todas formas, muchas, gracias.

Giré sobre mis talones y me encaminé hacia él vestíbulo. De pronto, me volví hacia Yancey y, a bocajarro, le espeté:

—Ese compromiso a que usted aludía momentos antes, ¿ha sido establecido con una viuda gorda, vieja y cargada de millones, quien necesita la compañía de un hombre joven y apuesto, que le distraiga sus otoñales melancolías?

El disparo dio en el blanco. El correcto Yancey volvió a estallar.

Tiró con su puño recto a mi mandíbula. Ladeé la cabeza y el proyectil pasó inofensivamente junto a mi oreja. Entonces, sin darle tiempo a cubrirse, le castigué duramente el estómago.

Expulsó el aire violentamente. Era un deportista de fachada. Mi

segundo golpe, ahora al mentón, le dejó sentado en el suelo, con media docena de invisibles campanillas orbitando alrededor de su cabeza.

Salí de la casa, bastante furioso por el fracaso de mi gestión. De pronto se me ocurrió que tal vez había hecho una visita inútil. A fin de cuentas, para lo que yo pretendía hacer, la colaboración de Yancey resultaba perfectamente superflua.

Había perdido unos minutos preciosos.

Sin embargo, mientras rodaba en mi automóvil en dirección a la casa de Cristina, me dije que tal vez no había perdido el tiempo tanto como suponía. Había averiguado la catadura de su último pretendiente y esto, a fin de cuentas, no dejaba de constituir un pequeño éxito.

CAPÍTULO XI

Cristina me escuchó con los ojos muy abiertos, sin interrumpirme ni un solo momento.

—¿Y qué quiere que yo haga? —preguntó al cabo, cuando hube terminado mi relato—. ¿Despedir a Kastor?

—No, en absoluto. Sería tanto como hacerle ver que sospechamos de él.

—¿Entonces?

—Siéntese y escriba una carta dirigida a Yancey. Procure poner en ella una gran pasión; hágale de que está ansiosa de convertirse en su esposa y supplíquelo que fije la fecha de la boda. Nada más por ahora.

—¿Sólo eso? —inquirió ella, extrañada.

—Hágalo, se lo ruego.

—Muy bien. —Cristina se puso en pie, alisándose la falda por las caderas con gesto maquinal, y caminó hacia un *secretaire* cercano, sentándose junto al mueble. Abrió un cajoncito y extrajo cuartillas y un sobre.

Escribió rápidamente. Cuando terminó, se volvió hacia mí.

—Ya está —anunció.

—No cierre la carta —recomendé. Me puse en pie y me aproximé a ella—. Doble el papel, por favor.

Ella obedeció. Entonces, tomé la carta y levantando ligeramente una de las dobleces, sacudí la ceniza de mi cigarrillo.

—Ahora, con todo cuidado, meta, la carta dentro del sobre y pegue la goma.

Cristina comprendió mi intención.

—Pero Kastor sabe que yo no fumo.

—Eso es algo con lo que yo ya contaba —dije—. Ahora bien, si

usted, al abrir esa carta y desplegar el papel, se encuentra con un poco de ceniza de cigarrillo, ¿qué hará instintivamente, antes de tener tiempo de darse cuenta de que puede ser una trampa?

—Entiendo —murmuró Cristina pensativamente—. No obstante, supongamos que Kastor se percata de la trampa. ¿Qué haremos?

—Esta noche vendré yo a vigilar. Quiero estar prevenido de todas las maneras.

—¿Y si Kastor...? —Cristina no se atrevió a completar la frase.

—Ya veré lo que hago entonces. De momento, me interesa sorprenderle o por lo menos, saber que ha leído la carta.

Cristina suspiró.

—Muy bien —dijo—. Confío en usted, señor Welt. Gracias por el interés que está tomando en mi asunto.

—Usted me paga y no se hable más. Lo hago así con todos mis clientes. Por cierto... ¿le molestaría decirme si le ha enojado la actitud de Yancey?

Movió la cabeza negativamente.

—Es un muchacho muy simpático y atrayente, aunque nunca logró convencerme del todo. Se hacen muchas bromas a costa de la intuición femenina, pero en este caso, presentía que no era sincero conmigo.

—Me alegro que no lo lamente. Yancey no es un tipo recomendable.

Y me dirigí hacia la puerta. Ella me detuvo antes de alcanzarla.

—La puerta de acero estará cerrada y la tapia es muy alta —apuntó significativamente.

—Trataré de salvar ese obstáculo como pueda. No se preocupe por mí, señorita Hyelton.

Entonces, ella tuvo un arranque sincero.

—¿Por qué no me llama Cristina? Después de todo lo que ha hecho por mí, el tratamiento que usa se me antoja extremadamente protocolario.

—De acuerdo, Cristina. Pero no olvide que yo me llamo Dane.

Cristina me alargó su mano. La encontré cálida y suave al tacto y el roce me hizo sentir un delicioso hormigueo que me corrió por todo el cuerpo. «Es la mujer ideal para hacerte salir de tu soltería», pensé. Pero la vi tan lejana como la luna.

—Adiós, Dane —dijo ella suavemente.

Detuve el coche a media milla de la casa. La luna brillaba en lo alto, tan distante, metafóricamente hablando, como Cristina. Busqué un lugar adecuado y dejé el auto, fuera del camino, para evitar inoportunos tropezones durante mi ausencia.

Saqué del interior una cuerda de nudos y un gancho de hierro forrado de tela, unido a uno de los extremos de ella. Luego emprendí a pie el resto del camino.

Para la ocasión, me había puesto una camisa oscura y unos pantalones negros, así como un par de zapatillas de goma, de gimnasia. Era preciso pasar lo más inadvertido posible, aun teniendo en cuenta la radiante claridad que derramaba el satélite.

Quince minutos más tarde, avisté la casa. En lugar de acercarme a la puerta blindada, di la vuelta a la tapia, buscando la parte trasera. Casi podía decirse que, a partir de allí, empezaba el desierto.

Desenrollé la cuerda y después de dar unas cuantas vueltas al gancho sobre mi cabeza, lo lancé hacia arriba. El borde de la tapia estaba a cinco metros del suelo, lo cual no había impedido las apariciones del espectro de James Jonestar.

El gancho agarró. Tiré un par de veces para asegurarme de su solidez y luego empecé a trepar, recordando mis ya lejanos tiempos de entrenamiento en el Ejército. Bueno, no tan lejanos, ocho o diez años solamente, no exageremos.

Llegué al borde y me situé a caballo sobre el mismo. Tiré de la cuerda, lanzándola al otro lado. Coloqué el gancho en posición adecuada y acto seguido, inicié el descenso.

Aterricé silenciosamente en el hueco que había entre el muro y un gran rosal. Me detuve a escuchar unos momentos; no se oía otro ruido que el de algún automóvil que circulaba raudamente por la carretera, situada a unos cien metros de la casa. Las luces estaban completamente apagadas.

Caminé cautelosamente, procurando moverme en completo silencio. Poco después, llegaba a la explanada donde estaba la piscina, al otro lado de la cual se divisaba la cristalera del salón.

Esperé unos momentos, oculto tras unos arbustos. Al fin, me decidí a continuar.

Instantes después, llegaba al salón. Busqué el diván y me escondí detrás del pesado mueble, dispuesto a esperar.

Pasó una hora. Luego otra. Empecé a pensar que tal vez Kastor habría abierto ya la carta y que sería conveniente comprobar si había caído en la trampa. De pronto escuché rumor de unos pasos pesados que se acercaban al salón:

La puerta se abrió y la silueta inconfundible del paquidermo apareció bajo el dintel. Kastor se detuvo unos momentos allí, aparentemente irresoluto, y luego avanzó hacia el *secrétaire*.

La luz de la luna que penetraba a través de los ventanales me permitió, verle coger, la carta y sostenerla unos momentos entre, los dedos, con aire especulativo. De pronto, moviéndose hacia su izquierda, se encaminó hacia la puerta.

La carta seguía en sus manos. Me imaginé lo que iba a hacer: despegar el sobre al vapor, el medio más antiguo recomendable que se conoce para violar la correspondencia sin dejar rastro, al menos para los ojos profanos.

Conocía la disposición de la casa. Cuando Kastor hubo abandonado el salón, yo crucé el espacio y salí de nuevo a la explanada de la piscina. Dando la vuelta a la casa, llegué a la parte norte, que era donde estaba instalada la cocina.

La luz estaba encendida. Kastor debía confiar mucho en sí mismo, para actuar tan sin rebozo. Ya tenía una olla de agua puesta al fuego, de la cual brotaba una espesa nube de vapor.

Mantuvo la carta sobre la olla durante un buen rato, hasta que se hubo ablandado la goma. Entonces, con infinito cuidado, despegó el sobre y extrajo el pliego de su interior.

Desplegó el papel. Sopló sobre la ceniza, Sonreí satisfecho; la trampa había dado resultado.

Pero casi inmediatamente, me di cuenta de que Kastor no era tan tonto como parecía. Una expresión de alarma apareció al instante en su rostro. ¡Sabía que Cristina no fumaba!

Kastor miró a derecha e izquierda. De pronto, dejó la carta sobre una mesita cercana y se hurgó en los bolsillos, hasta sacar un paquete de tabaco. Se puso un cigarrillo entre los labios y buscó cerillas. Era evidente que quería dejar la ceniza nuevamente, porque ahora debía devolver la carta al *secrétaire* y alguien la abriría de nuevo, antes de echarla al correo. Por lo tanto, tenía que

echar entre los dos pliegues del papel un poco de ceniza de cigarrillo.

—Si no tiene cerillas, yo dispongo de un magnifico encendedor —dije, haciéndolo saltar en la palma de la mano, situado bajo el dintel de la puerta de acceso a la cocina.

Kastor se volvió lentamente. Una mirada de odio infinito se reflejó en sus ojos, de los cuales había desaparecido por completo la expresión estulta que le era habitual.

—¿A quién le iba a participar el contenido de esa carta? —pregunté.

De repente se arrancó el cigarrillo de los labios con gesto colérico y avanzó hacia mí, a la vez que cerraba los puños. Procuré no demostrar el miedo que sentía.

—No me toque —advertí—. Si lo hace, lo pasará muy mal. La policía está enterada de sus trapacerías y...

El mastodonte no hizo el menor caso. Sentíase irritado por haber sido descubierto merced a un truco tan sencillo y esto le hacía despreciar cualquier consejo encaminado a hacerle recobrar la cordura.

Me aterró. Kastor podía partirme la espina dorsal con la mayor facilidad del mundo y su posible posterior condena, no me beneficiaría en nada. Era preciso hacer algo, antes de que me convirtiese en albóndigas.

—¡No se mueva! —ordené perentoriamente.

Pero hubiera sido lo mismo que querer detener a un tanque pesado con un junquillo. Alarmado, retrocedí un paso.

De pronto, Kastor se abalanzó sobre mí, rugiendo como un león y no exagero en lo más mínimo. Extendió sus manazas para atraparme en ellas, pero ya no encontró nada, porque yo había inclinado el cuerpo completamente, esquivando así la presa.

Golpeé su vientre con mi cabeza y retrocedí en el acto, antes de darle tiempo a atraparme. Empecé a sudar de pánico. Había ganado el primer asalto, pero no tenía la seguridad de conseguir lo mismo en el segundo y no digamos ya en el tercero.

Mi cabezazo fue para él poco menos que Una caricia. Se frotó el estómago un poco con la mano y luego se dispuso a cargar de nuevo contra mí.

Pensé primero en escapar a través de la explanada de la piscina,

pero deseché la idea en el acto. En terreno descubierto, me daría alcance enseguida. Era preciso actuar en la cocina, donde los muebles podían impedirle revolversse con facilidad. Cuando se me echó encima, agarré una silla y se la arrojé entre las piernas.

Se enredó con el pequeño mueble y cayó al suelo, haciendo retemblar el suelo. Levanté el pie derecho, apuntando a la mandíbula, pero en el último instante, desvió la cabeza desesperadamente y mi golpe le alcanzó solamente en el hombro.

Aun así, debí hacerle daño, porque soltó un rugido de dolor. No obstante, su vitalidad era enorme; se puso en pie de un salto y atacó de nuevo.

Le lancé un cacharro de cocina a la cara. Lo esquivó. Coloqué una mesa entre los dos y él, agarrándola con sus manazas, la apartó a un lado con la misma facilidad que si hubiera sido la carta de la trampa.

Retrocedí. Los ojos de Kastor brillaban con furia demoníaca. Todos los esfuerzos que yo hacía no servían sino para aumentar más su ciega cólera. Estaba dispuesto a matarme y, como se sentía seguro de conseguirlo, no parecía tener demasiada prisa por lograrlo. Al contrario, casi parecía disfrutar con aquella especie de juego del gato y el ratón.

El sudor me corría a chorros por la frente. Me parecía estar padeciendo una terrible pesadilla, de la cual iba a despertar en cualquier momento. Ya no había obstáculos entre Kastor y yo.

Sus manazas me atraparon por fin. Intenté resistirme, pero era una débil paja entre sus garras. Sentí que sus dedos se clavaban en mi garganta.

Irresistiblemente, mi cabeza fue echada hacia atrás. Comprendí sus intenciones: quería quebrarme el cuello. Y cuando las vértebras hiciesen «¡craack!», yo quedaría listo para ser entregado al enterrador.

En aquel momento, algo estalló con sonoro estrépito sobre la cabeza de Kastor. Vi volar por los aires una nube de fragmentos de algo que me pareció porcelana o una cosa por el estilo y observé también la expresión de sorpresa que aparecía en el rostro del enorme sujeto. Sus manos aflojaron de súbito la presión, se le doblaron las rodillas y cayó al suelo, dormido como un tronco.

Me incorporé un poco, apoyándome con una mano en el

fregadero. Miré a Lea Tsaray con ojos atónitos. El ama de llaves conservaba aún parte del jarrón que tan oportunamente había roto sobre la cabeza del coloso.

—Gracias —dije, deglutiendo con dificultad. Aún me parecía notar en la garganta los pulgares de Kastor—. Su llegada no ha podido ser más oportuna, señora Tsaray.

El ama de llaves emitió una pálida sonrisa.

—Escuché ruido y...

Lea no pudo seguir. Bruscamente, un agudísimo alarido quebrantó el relativo silencio de la noche. El grito sonaba con inconfundibles trémolos de horror.

—¡Es Cristina! —exclamó Lea.

CAPÍTULO XII

El grito se repitió.

Lea giró sobre sus talones y se lanzó de la cocina, exclamando:
—¡El fantasma de su esposo se le ha aparecido de nuevo!

Por un instante, me quedé paralizado más que por el asombro, por la indecisión. «¿El fantasma?», me pregunté.

«No hay fantasmas», fue la respuesta que me di un segundo más tarde. Y como suponía que los gritos de terror de Cristina Hyelton espantarían al intruso que se fingía el espectro de James Jonestar, decidí actuar de una forma muy distinta a la de Lea Tsaray.

Di media vuelta y salí fuera de la cocina, a la explanada de la piscina, corriendo hacia el otro extremo del edificio, en donde estaba el dormitorio de Cristina. Mis presentimientos resultaron acertados.

Antes de que hubiese cubierto la mitad de la distancia, un hombre apareció ante mi vista, escapando de la habitación de la cantante. Movía las piernas con la mayor rapidez posible y era patente su deseo de escapar.

Desvié un poco la dirección de mi marcha, tratando de cortar al sesgo su huida. El tipo se percató de mi persecución y, sin dejar de correr, metió la mano en el interior de su chaqueta, con ánimo de sacar la pistola que, sin duda, debía llevar en la misma, en una funda sobaquera.

Al hacerlo, le vi la cara. Resplandecía de un modo extraño, pero no tuve tiempo de hacerme demasiadas reflexiones. Estaba casi encima de él y, por otra parte, mi interés, estaba centrado en impedirle utilizar su pistola.

La luz de la luna alumbraba lo suficiente para ver bien los detalles. Salté hacia él y rodamos por el suelo en confuso montón.

El gruñido de dolor que dejó escapar, demostró patentemente que estaba tan vivo como yo.

Me largó un rodillazo al bajo vientre que no consiguió totalmente su objetivo. Por contra, yo le devolví un puñetazo que sólo le alcanzó en la oreja y de refilón. Su mano se apoyó en mi cara y me echó la cabeza hacia atrás, sin dejar de forcejear para extraer la pistola.

Le golpeé de nuevo y aulló de dolor. Renunciando por el momento a la pistola, me golpeó con el canto de la mano en un lado de la cara, haciéndome rodar por el suelo y perdiendo así la posición privilegiada que tenía, al hallarme encima de él. Sorprendentemente, se puso en pie y trató de escapar.

Alargué una mano y con ella su tobillo, haciéndole caer ele nuevo. Me puse en pie y él, hizo lo mismo con notable agilidad. Disparó de nuevo el filo de su mano derecha, pero esta vez no alcanzó el blanco. Yo le tiré un golpe que le alcanzó en el pecho, haciéndole retroceder dando traspiés.

Salté de nuevo sobre él. Extendí las manos, primero la izquierda, agarrándole por los cabellos, con el fin de hacerle daño y así obligarle a descuidar la defensa. Después pensaba golpearle, sin soltar su pelo.

Un hombre siempre se encuentra así en inferioridad de condiciones.

Sonó un pequeño ruido, algo así como el rasgarse de un trozo de tela. Los cabellos y la piel fueron arrancados de golpe y quedaron en mi mano cuando él echó la cabeza hacia atrás.

Entonces, en una fracción de segundo, contemplé algo horrible.

Era una cabeza sin sombra de vello en el cráneo ni siquiera en las cejas. A la cara le faltaba la nariz por completo y las facciones eran un espeluznante amasijo de cicatrices. Le faltaba, también, casi la mitad del labio superior, lo cual hacía brillar horriblemente la dentadura, y el mentón estaba hendido por completo, desde el labio inferior hasta el principio de la garganta, por una horrible cicatriz que parecía el resultado de algún bestial sablazo.

Me quedé atónito, completamente aturdido durante un segundo, horripilado por lo que acababa de ver. Mi paralización fue tal, que incluso suspendí la respiración.

El fingido espectro no desaprovechó la ocasión. Su puño derecho

salió disparado contra mi mentón, alcanzándome de lleno.

Caí de espaldas, aunque sin perder el Conocimiento del todo. Vi que el horrible individuo se inclinaba sobre mí y recogía aquella máscara que yo tenía en la mano. Estaba casi completamente consciente, pero me sentía impotente para actuar.

De pronto, se encendieron algunas luces en la casa. Sonó la voz de Cristina Hyelton.

—¡Dane! ¡Dane!

—¡Señor Welt! —llamó Lea.

Las voces de las mujeres me salvaron probablemente la vida. El asaltante giró sobre sus talones y echó a correr, desapareciendo en la penumbra del jardín antes de que pudiera detenerle. Cuando me puse en pie, vacilando como un ebrio, divisé una silueta humana en lo alto de la tapia durante un segundo. Luego, el individuo desapareció de mi vista.

Envuelta en una bata, Cristina corrió hacia mí. Lea venía tras ella.

—¡Dane! —llamó de nuevo.

—Aquí —dije, jadeante por el esfuerzo realizado.

Las dos mujeres se me acercaron ansiosamente.

—¿Logró atraparlo? —preguntó Lea.

Sacudí la cabeza.

—No. Me golpeó y escapó. —Deliberadamente, callé la horrible visión que había contemplado—. Pero no era el fantasma de su esposo, Cristina.

—¿Qué es lo que pudo ver? —Ahora, ella se había convencido también de la inexistencia de aquel ser espectral.

Enseñé la palma de mi mano izquierda, que brillaba con una débil fosforescencia.

—Tenía una máscara —dije—. Esa máscara, embadurnada de fósforo, a fin de hacerla resplandecer en la oscuridad, reproducía exactamente las facciones de su difunto esposo.

—¡Demonios! —exclamó vivamente el ama de llaves.

—¿Está seguro? —preguntó Cristina.

—Bien, no conocí personalmente a James Jonestar, pero me imagino que no se disfrazó ese tipo de espectro con la cara de otro hombre —contesté—. ¿Qué ha ocurrido exactamente? Cuénteme, se lo ruego.

—No hay mucho que decir —dijo Cristina—. Estaba durmiendo y me desperté al oír un ruidito en la habitación. Entonces le vi a «él»... Estaba al pie de mi cama y me miraba fijamente. Habló un poco... Dijo que debía despedirle a usted o de lo contrario, moriría... No siguió hablando, porque yo empecé a chillar de pronto, terriblemente asustada, como puede comprender. Entonces, él debió asustarse también; sin duda se percató de que mis gritos iban a despertar a los demás y echó a correr. El resto ya lo sabe usted, Dane.

Reflexioné unos instantes.

—¿Tenía el mismo aspecto que en anteriores apariciones?

—Sí —contestó Cristina sin vacilar.

Aquello me parecía un poco raro. Súbitamente, se me ocurrió una hipótesis y me dije que valía la pena comprobarla.

—Esta noche, su lucidez era absoluta, ¿no es cierto? —pregunté.

—Desde luego.

—En el momento de despertarse y ver al intruso, ¿hubiera jurado usted que se trataba del espectro de su marido o habría dicho que era un individuo disfrazado como tal?

—Lo segundo, sin dudar —manifestó Cristina tajantemente.

—¿Sucedió igual en las ocasiones precedentes?

—No —contestó Cristina—. Yo... me parecía estar flotando en el espacio, me sentía extrañamente ingrátida, como fuera de este mundo... Era una sensación muy rara y, a no ser por la aparición, no hubiera resultado del todo desagradable. No sé cómo explicarme...

—Se ha explicado muy bien —dije—. Vamos a su habitación, por favor.

Las dos mujeres me siguieron. Al llegar al dormitorio de Cristina, me dirigí rectamente hacia la mesilla de noche, sobre la cual divisé un vaso con agua, cubierto con una servilleta de papel.

Aparté la servilleta y tomé el vaso, acercándomelo a los labios. Probé el líquido, que no olía en absoluto, con la punta de la lengua. Luego tomé un sorbo. El agua sabía a agua, esto es, era insípida.

—Las veces anteriores la drogaron a usted, Cristina —manifesté—. Por eso percibía esa sensación tan rara, que le hacía confundir la realidad de la presencia del intruso que se finge su esposo vuelto del otro mundo con una aparición espectral. Pero como hoy no ha

ingerido esa droga, su reacción ha sido la lógica en un caso semejante. Ha hecho usted lo que cualquier otra mujer habría realizado en circunstancias análogas: ponerse a chillar. Esto ha asustado al intruso y le ha obligado a huir.

—Pero ¿por qué hace todo eso? —me preguntó Cristina, sumamente angustiada.

—Ya se lo dije: está enamorado de usted y no quiere verla en brazos de otro hombre. —Con aquella cara, pensé, resultaba lógico que se limitase a adorarla de lejos.

—¿Y quién le preparaba la droga a la señorita Hyelton? —preguntó súbitamente el ama de llaves.

—El mismo que avisaba al supuesto fantasma... ¡Cielos! —exclamé de pronto—. ¡Kastor!

Di media vuelta y salí del dormitorio, corriendo a toda velocidad hacia la cocina. Al llegar allí, respiró aliviado. Kastor continuaba desmayado.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Lea.

—Traiga cuerdas, algo que sirva para atarle y mantenerle sujeto hasta que acuda la policía. Es cómplice, por lo menos, de un asesinato y el teniente Gilpin querrá hablar con él.

Lea obedeció en el acto. Diez minutos más tarde, cuando se despertó Kastor, después de haberle echado por la cara el contenido de una jarra de agua, se encontró completamente inmovilizado. Ni todas sus fuerzas de hércules eran suficientes para deshacerse de las sólidas ataduras que yo había practicado en torno a sus muñecas y tobillos.

Nos dirigió una mirada preñada de odio, de la cual, como es lógico, no hicimos el menor caso. Luego me llevé a las dos mujeres aparte.

—La policía está avisada —dije en voz baja, a fin de que no me oyese el prisionero—. Cuando venga, dejen que hable yo y, por lo que más quieran, no mencionen en absoluto el asunto del falso espectro. Vamos a referirnos únicamente a que he descubierto que Kastor es cómplice del sujeto de quien se sospecha es el asesino, ¿estamos?

Cristina y Lea se mostraron completamente de acuerdo. Añadí:

—Esta noche permaneceré aquí, pero mañana buscaré un hombre de toda confianza para que vigile la casa. Conozco a uno

que se dejaría matar antes que incumplir una orden.

—Está bien —aceptó Cristina—. ¿Y después, qué hará usted?

—Seguir buscando al asesino.

—¿Cómo? ¿De qué manera?

—No tengo la menor idea. Pero lo haré.

En aquel momento, se oyó el distante alarido de una sirena policial.

—Recuerden —dije—: Hablaré yo solo. No mencionen en absoluto la intrusión del supuesto fantasma.

—Conformes —dijeron las dos a un tiempo.

Abandoné la cocina y me dirigí a través del jardín, hacia el portón blindado.

CAPÍTULO XIII

El teniente Gilpin me miró de muy mal talante a la mañana siguiente.

—Compréndelo, Dane, no puedo retener a Kastor. No hay pruebas en absoluto de que sea el cómplice del asesino de Lipsky.

—Le sorprendí abriendo la carta —alegué desesperadamente.

—Eso lo hacen muchos sirvientes y lo más que consiguen es ser despedidos por sus amos —contestó Gilpin.

—Entonces, ¿vas a soltarlo?

—Mucho me temo que sí, Dane. Kastor niega rotundamente cualquier género de complicidad con el asesino. No existen otras pruebas que tu afirmación, basada en poco más que una simple corazonada. Sí, sí, ya sé —se apresuró a añadir, sin dejarme hablar —; tienes la convicción de que es cómplice del asesino. Y yo también, ¡qué diablos! Pero los policías no actuamos sobre la base de una convicción, sino con pruebas tangibles.

—Demasiado lo sé —dije amargamente—. Pero está su pasado, el hecho de que en otros tiempos fuese un matón...

—Llevaba seis años, por lo menos, de intachable conducta. ¿Es que no se le puede conceder a un delincuente la oportunidad de regenerarse?

—En resumen, que lo vas a soltar.

Gilpin meditó unos segundos.

—Te diré lo que voy a hacer —contestó al cabo—. Trataré de retenerlo durante cuarenta y ocho horas. Habla con Cristina Hyelton y di que presente contra él una denuncia por robo de una joya, pero que la retire al finalizar ese plazo. Es todo lo más que puedo concederos a ambos.

No me quedaba otro remedio que aceptar la proposición de mi

amigo. Realmente Gilpin tenía razón. No existía ninguna prueba definitiva que pudiese relacionar a Kastor con los asesinatos y, por otra parte, el mínimo de seis años que llevaba de buena vida, le concedían una serie indiscutible de derechos que no se le podían negar en modo alguno.

—Está bien, acepto. Pasado mañana a estas horas, podrás Soltar a Kastor.

Abandoné la oficina de mi amigo y busqué un teléfono, desde el cual llamé a Cristina, dándole las instrucciones oportunas, a fin de que no cometiese un error. Luego busqué un local adecuado y me senté en una mesa, a fin de reponer mis fuerzas con un sólido desayuno.

Reflexionó durante largo rato, procurando repasar hasta los menores detalles de mi encuentro con el sujeto de la cara horripilante. ¿Quién era? ¿Quién era? ¿Qué clase de sentimientos abrigaba hacia Cristina?

Encendí un cigarrillo y dejé escapar el humo lentamente. El rostro del sujeto se me apareció de nuevo, con vividas imágenes. Volví a verlo tal y como lo vi en el momento de arrancarle la máscara que reproducía, al decir de Cristina Hyelton, las facciones de su difunto esposo. Una vez más, vi aquella cara sin cejas, sin narices, con unas espantosas cicatrices, producto, posiblemente, de unas terribles quemaduras...

¿Quemaduras?

Me erguí en el asiento, súbitamente excitado por una frase que había oído días antes a Rising Ames.

El coche ardió. El se asó dentro.

Empecé a darle vueltas a la idea que se me había ocurrido. A cada momento me pareció más factible, pero no podía confirmarla mientras no viese de nuevo a Ames.

Dominando el nerviosismo que me había invadido, aboné la cuenta y salí del restaurante. Momentos después, me hallaba dentro del coche, en camino hacia las oficinas del *Post*.

Rising Ames me recibió con la cordialidad de costumbre y el no menos habitual apestoso puro prendido entre sus dientes.

—¿Qué se le ha perdido ahora al buscapistas? —preguntó.

—Necesito otro favor de ti —dije.

—¿Y bien?

—Quiero leer una información. Concretamente, la que trata del accidente en que murió James Jonestar.

—Aguarda un momento —dijo Ames.

Mientras el sujeto buscaba en el archivo el volumen correspondiente a la fecha solicitada, me dije que había sido un tonto al no haber investigado el hecho desde un principio, comenzando por el accidente en el cual había perdido la vida James Jonestar. Pero, bien mirado, tampoco tenía por qué actuar de esa manera, dada la forma en que se habían producido los sucesos, a partir del momento en que me llamó Cristina. A no ser porque arranqué la máscara del intruso, lo cierto es que tal posibilidad no se me habría ocurrido ni remotamente.

Ames regresó con un enorme libraco que depositó sobre una mesa. Empecé a pasar hojas, hasta llegar a la fecha deseada. Ciertamente, no se había escatimado tinta en los titulares de la primera plana que anunciaban el suceso.

Leí la información con todo detalle. El accidente se había producido por el choque de dos automóviles, los cuales se habían incendiado subsiguientemente uno de los ocupantes, Cristina Hyelton, había conseguido salvarse, aunque a costa de graves heridas. Su esposo se había convertido en un pedazo de carbón irreconocible.

Pero lo más extraño era que el ocupante del otro coche colisionado había desaparecido. La policía suponía que, aterrorizado por las consecuencias de su acto, había escapado a campo, través. Sucesivas informaciones de días siguientes señalaban que el hombre, presunto causante del choque, continuaba sin aparecer. Esto ocurre muchas veces; no es infrecuente.

Lo que ya no resultaba tan extraño era el nombre del desaparecido. La policía, por los restos del automóvil y los números de serie y de las placas, grabados, en relieve, como se sabe, había conseguido averiguar su identidad. Se llamaba Víctor Tsaray.

Encendí un cigarrillo, sumamente pensativo. ¿Estaba vengándose Tsaray de algo que había convertido su vida en una tortura, al quedar con el rostro desfigurado de tal manera? Su particular opinión del accidente podía inducir a creer que eran los otros, esto es, Jonestar y su esposa, los causantes de tan desagradable hecho.

Ahora bien, en tal caso, si quería vengarse, ¿por qué lo hacía de una forma tan rara? ¿No hubiera resultado más fácil y, sobre todo, más expeditivo, matarla desde un principio?

¿O acaso había pretendido una venganza más refinada, causarle la pérdida de la razón, por ejemplo, enloqueciéndola con sus apariciones?

—¿Y Lea, qué papel desempeñaba? ¿Estaría ayudando a su hermano en la venganza? ¿O era un desquite personal el que intentaba tomarse?

Un carraspeo del viejo Ames cortó en seco mis atropelladas reflexiones. Le miró, me miró y, sonriendo, acabé por sacar otros dos billetes de a diez dólares cada uno.

—Gracias, Dane. Ojalá vengas muchas veces por aquí suspiró.

—Entonces, ¡adiós ganancias! —exclamé riendo. De pronto, recordé un detalle—. Oye, quizá tú lo sepas. ¿Quién hay en la ciudad que se dedique al negocio de fabricar útiles auxiliares de teatro, tales como máscaras y disfraces?

Ames reflexionó durante unos segundos.

—Hay dos o tres, pero si buscas el mejor, te diré que es Leo Cohen. Tiene su tienda-taller en el número 914 de Lake Street.

Anoté el nombre y la dirección y guardé la libreta.

—Gracias, Rising. Hasta otro rato.

—Siempre que quieras, Dane.

Salí del periódico y busqué un teléfono. Marqué el número de la casa de Cristina y esperé.

Fue la misma Cristina la que me atendió.

—Ha estado la policía —dijo.

—Muy bien. ¿Tomaron nota de la denuncia?

—Sí, desde luego.

—Eso nos conviene. Así tendremos a Kastor inmovilizado durante cuarenta y ocho horas. Ahora, hágame el favor de llamar al señor Denis.

Harry Denis era el detective a quien yo había contratado para guardar la casa, en ausencia de Kastor y vistas las circunstancias. Tratábase de un sujeto de probada lealtad, a quien en ocasiones anteriores había confiado misiones análogas. Tenía alrededor de cuarenta años, había sido sargento del Ejército y ahora trabajaba por su cuenta. Estaba muy satisfecho de él.

Denis acudió poco después.

—¿Señor Welt? —me saludó.

—Escuche bien lo que voy a decirle, Harry. ¿Se ha fijado usted en el ama de llaves?

—Es difícil no fijarse en ella —contestó Denis maliciosamente.

—Bueno, de todas formas, tenga mucho cuidado. Vigílela atentamente, pero procure que ella no se de cuenta de que es vigilada. ¿Me ha comprendido?

—Perfectamente. No es necesario que me diga nada más.

—Lo celebro, Harry. Hasta luego.

Y colgué.

Inmediatamente, tomé el coche y me dirigí a Lake Street. No tardé mucho en hallar la tienda.

León Cohen era un sujeto con aspecto de artista, lo cual significa un tanto raro de atuendo, pero en lo demás resultó perfectamente normal. Me atendió con toda cortesía y después de los primeros saludos, pase a exponerle el motivo de mi visita.

Cohen meditó un poco después de escucharme.

Al fin, dijo:

—Sí, ahora lo recuerdo. Debe hacer unos seis años, más o menos. Pero no me encargaron una máscara, sino dos.

—¿Dos? —repetí, extrañado.

—Así sucedió —reafirmó Cohen.

—Ha pasado ya bastante tiempo —dije pesarosamente—. Sin embargo, acaso usted recuerde algún detalle particular del hombre que le encargó dichas máscaras.

—Claro que sí —contestó Cohen prontamente—. Fue Frank Werby, el agente artístico.

—¡Frank Werby! —dije asombrado.

—El mismo —insistió Cohen—. No me cabe la menor duda; le conozco muy bien.

Mis suposiciones se derrumbaban de nuevo. ¿Era Werby el autor de todos aquellos desaguisados? Pero la corpulencia del asesino no correspondía en nada con la suya.

—¿Le dio alguna excusa para encargarle las máscaras?

—Dijo que quería embromar a unos amigos. No es el primero que lo hace, por supuesto, aunque siempre se trata de gente a la cual no le importa gastarse unos cientos de dólares. Reproducir en

goma las facciones de determinada persona no es cosa sencilla ni barata, señor Welt.

—Comprendo —murmuré, muy pensativo—. Gracias, señor Cohen.

Abandonó la tienda en un estado total de desconcierto. ¿Qué pasaba allí? ¿Por qué, cuando me parecía tener completamente resuelto el misterio, volvían a enredarse las cosas de nuevo, de modo que no podía verse ni de lejos el final de aquel terrible embrollo?

Sin embargo, había un medio muy sencillo para resolverlo: hablar con el propio Werby. Claramente me daba cuenta ahora de que me había engañado de lo lindo. No obstante, los motivos de su acción se antojaban incomprensibles por completo.

Sin pérdida de tiempo, acudí a la oficina de Werby. La secretaria me informó que no había acudido en todo el día.

—¿Dónde vive? —preguté.

La, secretaria remoloneó.

—Bien —rezongué—, si no me lo dice a mí, tal vez se lo diga al teniente Gilpin, de Homicidios. —Y alargué la mano significativamente hacia el teléfono que tenía sobre su mesa.

La huesuda secretaria se rindió.

—Mortimer Street, 518 —dijo.

Un minuto después, estaba metido en mi coche en dirección a la calle Mortimer. Llegué veinte minutos más tarde y, sin pérdida de tiempo, entré en el ascensor.

Llegué a la planta novena y busqué el apartamento de Werby. Toqué el timbre sin obtener respuesta.

Sudé, pero no de calor precisamente, sino a causa del sombrío presentimiento que acababa de invadirme.

Esta corazonada se confirmó treinta segundos más tarde, cuando me encontré a Werby tirado de través sobre su cama, con un balazo en el corazón.

CAPÍTULO XIV

El teniente Gilpin se echó hacia atrás el sombrero y contempló el cadáver con gesto sombrío. Los hombres de su sección estaban trabajando activamente en la búsqueda de huellas y pistas.

—Vamos a tener que levantar la tapa del pastel, Dane —dijo mi amigo lúgubrementemente—. Tu cliente tendrá que explicarnos muchas cosas.

—Mejor que mi cliente, tendrías que decir Lea Tsaray.

—Ésa también tendrá que hablar mucho —gruñó Gilpin, irritadísimo.

—¿Y del asesino, qué? —pregunté.

Mi amigo apretó los labios. En aquel momento, vino un policía con una máscara de goma en las manos.

—¿Qué le parece esto, teniente?

Gilpin cogió la máscara y la contempló en silencio durante unos momentos.

—Ésta no es la cara de James Jonestar —decretó al cabo.

—Oye —dije de pronto—, ¿no será que el asesino usaba sólo la de Jonestar para fingir las apariciones? Puesto que tiene la cara destrozada, no le convenía seguir desempeñando el papel de un muerto, salvo en las ocasiones indicadas. Algún conocido de Jonestar podría, haberle reconocido y...

—Es posible que tengas razón —convino Gilpin reflexivamente—. Pero ¿por qué mató a Werby?

—Porque éste encargó las máscaras en su nombre —alegué.

—¿Y sólo ha cometido esta muerte al cabo de seis años? Lo lógico habría sido hacerlo una vez conseguidas esas máscaras por mediación de Werby, ¿no crees?

—También cabe la posibilidad de que Werby se haya asustado a

última hora y quisiera salirse de este asunto, temeroso de haber ido demasiado lejos. Recuerda la suerte de Lipsky.

—Es posible que tengas razón —dijo Gilpin, pellizcándose el labio inferior—. De todas formas, vamos a ver a Lea Tsaray. Estimo que esa mujer tiene algo importante que decirnos.

—De acuerdo.

* * *

La aparente fortaleza externa de Lea Tsaray se derrumbó apenas le formuló Gilpin la primera pregunta. Palideció, abrió mucho los ojos, aspiró aire en grandes cantidades y luego se derrumbó sollozando sobre un diván.

Caritativo, Gilpin dejó que se desahogase. Yo fui más práctico y le busqué una copa.

El licor la reanimó bastante. Al fin, con ojos llorosos, nos miró.

—Es cierto —contestó—. Soy la hermana de Víctor Tsaray.

—¿Dónde está su hermano? —preguntó Gilpin.

—No lo sé. No le he vuelto a ver desde la víspera del accidente.

—¿No ha intentado entrar jamás en comunicación con usted?

—No.

—¿Alguna vez, es decir, antes del accidente —pregunté yo—, le oyó hablar de Cristina Hyelton?

—Nunca. Es más, estaba prometido a una linda muchacha, con la cual se iba a casar un mes después.

—Eso no importa —gruñó el policía—. Es *después* del accidente cuando pudo haber concebido el odio hacia la esposa del hombre que provocó el choque. Mejor dicho, del hombre que en su opinión causó el accidente, porque las informaciones de la policía señalan que fue su hermano el causante de todo.

—Víctor no hubiera hecho jamás una cosa semejante —protestó Lea con vehemencia—. Era un muchacho magnífico, incapaz de sentir odio hacia nadie.

—Eso era *antes* del accidente —exclamé yo—. ¿Y después, al verse con la cara completamente desfigurada? Es sabido que el carácter de muchas personas cambia después de una operación de cirugía estética, destinada a modificar algún rasgo particularmente desagradable de su fisonomía. El caso inverso se producen en

circunstancias opuestas, es decir, cuando, por un accidente, un sujeto ve modificada su fisonomía habitual.

—Y usted, ansiosa de ayudarle en su venganza, solicitó y obtuvo el empleo de ama de llaves con la señorita Hyelton —dijo Gilpin acusadoramente.

—¡No es verdad, no es verdad! —protestó Lea con gran vehemencia.

—¿Cómo es que Cristina no le dijo nunca nada acerca de su apellido?

—Porque no leyó los periódicos que relataban el accidente —contestó Lea.

La respuesta a mi pregunta era enteramente razonable. Sin embargo, aún faltaba aclarar un punto.

—Entonces, si no tomó el puesto por venganza, ¿por qué lo hizo? —inquirí.

Los labios del ama de llaves temblaron.

—Sé que... que no me van a creer, pero sentí una gran pena hacia la señorita Hyelton. Mi hermano había desaparecido y no confiaba en volver a verle de nuevo. Pensé que acaso habría huido al extranjero, aterrorizado por el suceso. Ella... la señorita Hyelton, había perdido a su esposo... y yo quería ayudarla a consolarse... quería pagar parte de lo que hizo mi hermano...

Gilpin y yo nos miramos. Lea parecía sincera. Si realmente hubiera querido vengarse, ocasiones no le habrían faltado para ello a lo largo de tantos años. Además, su resuelta actitud, golpeando a Kastor con el jarrón era algo que abonaba favorablemente sus palabras.

—Entonces, usted opina que su hermano huyó al extranjero —dijo Gilpin lentamente.

—Es una suposición, pero no estoy segura.

—¿Y en seis años no se ha puesto nunca en contacto con usted, ni tampoco con su prometida? —pregunté yo.

—No.

Otra pausa de silencio.

Si Lea decía la verdad, Víctor había sido un excelente muchacho. Resultaba raro, en efecto, que en todo aquel tiempo, no hubiese dado señales de vida.

De pronto se me ocurrió una hipótesis que me hizo temblar de

pies a cabeza. De excitación, por supuesto. La vieja primera idea resucitaba de nuevo.

—Lea —dije—, ¿conoció Víctor a Frankie Werby?

—No; estoy segura de ello.

Me puse en pie e hice a Gilpin una seña. Los dos nos retiramos a un rincón de la sala.

—Jack —murmuré—. Lea Tsaray dice la verdad.

—¿Y...?

—Suponiendo que su hermano viviese, ¿qué razones tenía para matar, no ya a Stoddart y a Carr, sino también a Lipsky y a Werby? Era un muchacho del que, sensatamente, podemos pensar que no se mezcló jamás con unos tipos como los dos últimos, sobre todo, con Lipsky, de no muy buena fama.

—En eso estoy de acuerdo contigo, Dane. ¿Qué más?

Inspiré con fuerza para tomar aliento.

—Entonces, el autor de las muertes no es Víctor Tsaray, sino James Jonestar —dije explosivamente.

Gilpin me miró con fijeza durante unos segundos.

—Estás loco —reventó al cabo—. Se ha demostrado concluyentemente que Jonestar murió carbonizado.

—¿Ah, sí? —dije mordazmente—. ¿Desde cuándo acá resulta tan fácil la identificación de un pedacito de carbón que se supone son los restos de un hombre?

—El cadáver estaba dentro del coche —gruñó el policía tercamente.

—No lo niego. Pero, ese cadáver, ¿no pudo ser el de Víctor Tsaray, colocado allí por el propio Jonestar?

—Pero, en nombre de Dios, ¿por qué iba a hacer una cosa semejante? Es absurdo, ¿no?

—Escucha, ¿qué harías tú si te considerases culpable de un accidente? Piensa como un nombre normal, no como un servidor de la ley. Acaso te entregarías a la policía, acaso huirías; ¿quién es capaz de afirmar lo que uno hará en un caso semejante?

—Tienes razón —convino Gilpin pensativamente—, aunque, de todas formas, no consigo explicarme por qué realizó Jonestar el cambio, si es que realmente lo hizo así.

—Bueno, podemos preguntárselo a él.

—Sí —contestó mi amigo irónicamente—. Si es que vive y

suponiendo que aparezca.

—Vive y aparecerá —afirmó rotundamente.

—Muy seguro parece estar de lo que dices, Dane.

—Tengo motivos para ello, Jack.

—Explícate, por favor —dijo mi amigo, dominando su impaciencia.

—Si tú pasaras por muerto, pero, por cualquier razón, no pudieses volver junto a tu esposa y continuaras amándola ciegamente, ¿no te sentirías molesto al solo anuncio de que ella, creyéndose legalmente viuda, pretendiese contraer nuevo matrimonio? Es posible que no llegases a recurrir al asesinato, pero ¿no harías todos los posibles por estorbar su boda?

—¡Hum! —Gruñó el policía—. Tal vez, no sé. Pero lo que sí es seguro es que me dejaría ver y reclamaría mis derechos de esposo.

—Atiende un momento. Si hubieses cometido un grave delito, continuarías en el incógnito, muy posiblemente.

—O quizá me entregase, confiando en los servicios de mi buen abogado y en la benevolencia del juez.

—Pero ¿y si tuvieses la cara tan destrozada que pareciese la de un monstruo? Pongámonos en el caso particular de Cristina Hyelton y James Jonestar. Cristina lo quería, pero más bien era agradecimiento lo que sentía hacia él; no existía ese amor profundo y duradero que surge entre un hombre y una mujer y que les lleva a soportar juntos cualquier clase de desgracia, por enorme que sea ésta. Lo más probable, casi seguro, es que se hubiese horrorizado al ver el rostro tan espantosamente disfigurado de su marido. ¿Te imaginas el resto?

Gilpin se mordió los labios.

—Sí. Voy entendiendo —admitió al cabo—. Pero ¿cuál es tu idea?

—Aguarda un momento.

Me acerqué a Lea, que esperaba quietamente en el mismo sitio.

—Le ruego nos disculpe —dije—, pero comprenda que hicimos todo esto en nuestro afán de descubrir al autor de los crímenes.

—Desde luego —respondió mansamente el ama de llaves.

—Ahora puede irse, pero no mencione esta conversación a la señorita Hyelton para nada, en tanto no le demos permiso nosotros.

—Así lo haré. —Lea se puso en pie—. ¿No quieren nada más de

mí?

—Sí. Por favor, dígale a Cristina que haga el favor de acudir.

Lea se marchó. Minutos después, escuchamos el rápido taconear de la joven.

Cristina penetró en el salón. Avanzó unos cuantos pasos y se detuvo, contemplándonos a ambos con expresión inquisitiva.

Entonces, con voz firme, exclamé:

—Cristina, ¿quiere usted casarse conmigo?

CAPÍTULO XV

Rising Ames recibió aquella misma tarde dos billetes más de diez dólares.

—Eres una mina, chico. ¿Acaso los fabricas en tus horas libres? —preguntó alborozadamente.

—Algo por el estilo —contesté ambiguamente.

—Bueno, eso no me importa demasiado. Con tal de que estén bien imitados... —dijo humorísticamente—. ¿Qué es lo que deseas ahora?

—Sencillamente, que me presentes al redactor de «Sociales».

—O. K. —respondió Ames simplemente.

El redactor de «Notas de Sociedad» era mi tipo atildado en extremo, que respondía al untuoso nombre de Cheddy de Brandt. No sé si era el suyo propio o se trataba de un pseudónimo adecuado a la función que desempeñaba en el *Post*, aunque, la verdad, tampoco esto tiene gran importancia en el curso de la presente historia.

Cuando le dije lo que deseaba de él, se mostró encantado de acceder a mi petición.

—¡Caramba! —exclamó, sinceramente complacido—. Ésa es la mejor noticia que he recibido para mi sección desde hace mucho tiempo. Francamente, hacía meses, sino años, que no oía hablar de la hermosa Cristina Hyelton.

—Ahora tendrá la ocasión de hacerlo, señor De Brandt —dije.

—Así que es usted el afortunado mortal que ha conseguido su blanca mano.

—Sí, señor, el mismo —respondí con todo desparpajo—. No olvide decir que la fiesta será íntima y que a ella asistirán solamente los más allegados de la señorita Hyelton. Mi prometida desea la

menor publicidad posible, ¿me comprende?

De Brandt sonrió maliciosamente.

—Desde luego, señor Welt. Quede usted tranquilo; así lo diré. Aunque, claro está, con la condición de asistir yo a la fiesta.

—Contaba con su presencia —afirmó gravemente.

Y al despedirme de él, añadí:

—Pero nada de fotografías. Esto es algo personal de la señorita Hyelton, ¿comprende?

—Está bien. Me agradecería mucho tomar unas buenas placas, pero si ella no quiere, no podemos forzarla. Gracias una vez más, señor Welt.

—A usted, señor De Brandt —respondí con no menor cortesía.

Al salir pegué un par de palmadas en la espalda de Ames.

—Has estado muy bien, Rising —elogié.

El viejo periodista me miró de hito en hito.

—Oye, Dane, no irá en serio eso de casarte con Cristina Hyelton, ¿verdad?

—Pues, sí —continué con mi mentira—. ¿Por qué no iba a ir en serio? No soy tan feo... y algún día tenía que casarme, digo yo.

Ames meneó la cabeza.

—¡Hum! Esa chica... trae mala suerte a los que se enamoran de ella.

Me estremecí. Acaso Ames decía la verdad.

—Tonterías —rezongué—. Alguno ha de romper la triste cadena.

Menos mal que yo no estaba enamorado de ella, pensó más tarde. Pero eso no lo sabía el asesino.

¿O sí me había enamorado de mi bella cliente?

* * *

Contemplando a la docena de escogidos invitados, que bebían, reían y charlaban alegremente en el salón, Jack Gilpin se sentía muy preocupado.

—¿Crees tú que picará? —preguntó en voz baja.

—¡Claro que lo hará! —respondí, lleno de seguridad—. Es más, ahora me doy cuenta de que incluso podíamos haberlo atrapado antes.

—¿De qué manera, Dane? —inquirió Gilpin.

—Escribiendo la carta a Yancey en sentido diametralmente opuesto; es decir, rompiendo con él y anunciándole su próximo compromiso conmigo. Kastor se hubiera apresurado a comunicarle la noticia y... ¿Comprendes?

—Ahora ya es tarde —gruñó el policía.

—Con tal de que venga, lo demás poco importa.

—La verdad, no creo que lo haga delante de tanta gente.

—Esperaré a que se hayan marchado —apunté.

—De todas formas, me parece que vamos a correr el más espantoso de los ridículos —masculló Gilpin—. ¿Qué pasará si no viene? ¿Tendrás que casarte con Cristina?

Le miré fijamente.

—Oye pues no sería mala idea, ¿no crees? —exclamé.

—¡Brrr...! —Gilpin se estremeció—. Cristina, la siniestra... Trae mala suerte y...

—Cuidado —advertí—. Ahí viene.

Cristina se acercó a nosotros. Vestía un traje rosa fuerte, que moldeaba a la perfección las firmes líneas de su cuerpo estatuario y dejaba al descubierto los dos hombros más perfectos que jamás he visto. Pese a su aspecto, la expresión de su rostro anunciaba preocupación.

—Tengo miedo —confesó sin rebozos, al unirse a nosotros.

—Hay una docena de agentes escondidos en el jardín —murmuró Gilpin—. Si intenta saltar la tapia, caerá en nuestras manos.

—Y dentro de la casa, estamos nosotros dos, más Harry Denis. Esté tranquila, Cristina —recomendé.

Se pasó la mano por la frente.

—Me duele un poco la cabeza —dijo laciamente.

—Le buscaré una aspirina —ofrecí.

—No. Yo iré a mi cuarto. Gracias, Dane.

La contemplé en silencio mientras se alejaba. Gilpin me miraba a mí.

—Te gustaría convertir esta farsa en realidad, ¿eh? —dijo, sonriendo, en el momento en que un camarero de blanca chaquetilla y botones dorados se nos acercaba con una bandeja y dos copas.

—Hombre —contesté, por decir algo. Me hubiera gustado saber

qué pensaba Cristina al respecto.

Tomamos las respectivas copas. El camarero se alejó. En aquel momento, uno de los hombres de Gilpin se asomó a la vidriera del salón y nos hizo una seña disimulada.

Gilpin se acercó al ventanal. Yo me quedé allí, con la copa en la mano, observándolos discretamente. Vi que los dos hombres hablaban y, para matar la espera, decidí tomar un trago. ¡Qué diablos!, a fin de cuentas, ¿no estaba celebrando mi compromiso?

Me llevé la copa a los labios. Antes de tocar el borde de vidrio, un extraño olor asaltó mi pituitaria.

Aspiré el aire varias veces. El aroma persistía. Era un tanto dulzón, pero amargo al mismo tiempo.

Súbitamente, sentí que se me erizaban los cabellos. ¡Era el clásico olor a almendras amargas, el olor del mortal cianuro potásico!

Contemplé horrorizado la copa y su contenido. ¡El asesino estaba en la casa y había descargado ya su primer golpe! Sólo por una fracción de segundo no había conseguido su propósito.

Quise moverme para salir al encuentro de Gilpin, pero éste se me anticipó.

—Dane, maldición, temo que el asesino se nos haya colado dentro de la casa, sin que nos hayamos percatado de ello.

—Lo sé, Jack —contesté, apretando los labios—. Huele esta copa.

Gilpin olfateó el licor. Su diagnóstico coincidió con el año.

—Cianuro —masculló—. Eso corresponde con el informe que acabo de recibir.

—¿Qué condenado informe es ése, Jack?

—Han encontrado en la carretera, a dos millas de aquí, a un hombre que asegura ser uno de los camareros contratados para esta fiesta. Dice que un desconocido le asaltó, le despojó de sus ropas y...

—¡El camarero! —exclamé casi a gritos.

Claro, no podía ser otro. ¿Quién mejor que un camarero para depositar una píldora de cianuro potásico en una copa de licor?

—Con cuidado —recomendó Gilpin en voz baja—. Hay que procurar, sobre todo, no espantar a los invitados. Quédate aquí y vigila; yo voy a dar la alarma a mis hombres.

Gilpin me había facilitado para la ocasión un revólver de cañón corto que llevaba en el bolsillo posterior de la cadera. Lo toqué y su contacto pareció tranquilizarme un tanto.

De pronto reparé en un detallé.

Cristina había dicho que iba a su cuarto a tomarse una aspirina. Ya tenía que estar de vuelta, pero, sin embargo, no había dado aún señales de vida. ¿Por qué no había regresado?

Sentí que un sudor frío me corría por las sienes. ¡El asesino estaba con Cristina!

Disimuladamente, me escabullí de la fiesta y me dirigí hacia el cuarto de la dueña de la casa. Al pasar por el corredor, procuré no hacer ruido con los pies, aunque estimaba que los procedentes del salón apagarían cualquier sonido no excesivamente voluminoso.

Saqué el revólver y comprobé su carga. Alargué la mano izquierda, agarré el pomo y lo hice girar.

Entré de golpe en la habitación. Al verme, Cristina exhaló un gemido y se puso en pie.

—¡Dane!

Había un hombre de espaldas a mí. Se volvió rápidamente, pero le encañoné con el arma.

—¡Quieto! —ordené—. Si hace un solo movimiento, disparo a matar.

La máscara que llevaba puesta era perfecta. Por lo visto, se había encargado una tercera, con un rostro distinto a las otras dos y, seguramente, en época distinta, por lo que era lógico que León Cohen no lo recordase. A través de las aberturas de la máscara, sus ojos brillaban duramente.

—¿Le ha hecho daño, Cristina? —pregunté, sin perderle de vista un solo segundo.

—No —contestó ella—. Sólo vino a preguntarme, si necesitaba algo.

El asesino permanecía inmóvil.

—Quería ver la cara de su esposa cuando se anunciase mi muerte, ¿verdad? —exclamé—. Quería gozarse con su espanto y con su terror, como, seguramente, lo hizo en anteriores ocasiones, ¿no es cierto?

—¡Dane! —exclamó Cristina—. ¿Quién es este hombre?

—¿Por qué no se lo pregunta a él mismo? —sugerí.

El falso camarero se estremeció.

—¡Vamos, responde! —dije—. Sea valiente por una vez y confiese todo, James Jonestar.

Cristina lanzó un agudo grito.

—¡Está muerto! ¡No puede ser él!

—Lo es —afirmé—. Su esposo no murió. El que murió fue el hermano de Lea. Diga la verdad, Jonestar. La casa y el jardín están llenos de policías. Esta vez no podrá escapar —afirmé.

Me pareció que sus ojos perdían buena parte de su brillo. Sus manos pendieron laciamente a lo largo de los costados.

—El señor Welt ha dicho la verdad, Cristina —murmuró apagadamente.

Ella palideció de un modo espantoso en el primer momento. Luego, rehaciéndose, avanzó hacia él.

—Pero ¿por qué no...? ¡Jim, ésa no es tu cara! —chilló de repente, retrocediendo hasta chocar de espaldas contra la pared.

—No, no lo es... y tiene sobrados motivos para esconderla tras una máscara —dije pensativamente—. Jonestar, ¿por qué no cuenta lo que pasó?

El asesino vaciló un segundo. Cristina le contemplaba con los ojos desmesuradamente abiertos.

—El coche ardía... —dijo, haciendo un penoso esfuerzo—. En el primer momento, sentí un tremendo choque... Los cristales del parabrisas me destrozaron la cara, aunque entonces no lo notaba, porque el pelo me ardía por completo... Al chocar, Tsaray saltó despedido y su cuerpo fue proyectado contra el parabrisas; esto fue lo que causó el destrozo... Tú, Cristina, yacías a un lado de la calzada, tendida, en mala postura... Creí que habías muerto y escapé alocadamente, sin saber lo que me hacía...

—¿Quién le curó? —pregunté.

—Conocía a un médico expulsado de la Asociación... Solía curar a los pandilleros heridos que no querían cuentas con la policía... El me atendió como pudo, pero no consiguió evitar la total caída de mi cabello ni las cicatrices de mi rostro ni... Estuve varios meses escondido *en* su casa; tenía dinero y me debía favores. Al cabo de mucho tiempo fue cuando me enteré de que Cristina aún vivía. Los restos de Tsaray fueron confundidos con los míos y yo dado por muerto... Decidí seguir adelante con la comedia... No podía

presentarme con la cara, que me quedó... y sabía que Cristina me rechazaría.

—Pero al mismo tiempo, usted quería impedir que ella fuese feliz —le acusé—. Por eso fingía esas apariciones de ultratumba, con la ayuda de su fiel Kastor, el cual, cada vez que iba a producirse una de ellas, propinaba a su mujer una droga alucinógena, ¿no es cierto?

Cristina escuchaba, en silencio, horripilada por lo que oía y adivinaba. Su rostro tenía la blancura de la nieve y el único movimiento que se advertía en ella era el rápido respirar de su esbelto pecho.

Jonestar asintió en silencio.

—Las lesiones no fueron solamente externas —manifesté—. Le alcanzaron también al cerebro, infundiéndole una serie de morbosos sentimientos hacia todos los que pretendían conseguir la belleza de su supuesta viuda. Usted, loco de celos, no podía consentir tal cosa y por ello asesinó a Stoddart y a Carr. También yo hubiera muerto esta noche, a no ser por una afortunada coincidencia.

Jonestar me miró fijamente.

—¿Qué hará ahora? —preguntó con voz ronca.

Antes de que pudiera contestar, sonó la voz de Gilpin.

—¡Dane! ¡Dane! ¿Dónde diablos te has metido?

—Aquí...

No tuve tiempo de contestar la frase; con rápido movimiento, Jonestar se lanzó hacia el ventanal, rompiéndolo al saltar con tremenda violencia.

Cristina lanzó un agudo grito. Corrí hacia la ventana y levanté el revólver.

—¡Deténgase! —grité.

Jonestar se puso en pie y siguió corriendo.

Apunté al centro de su espalda. Era un magnífico blanco. No podía fallar.

Pero algo me impidió disparar. Era el esposo de Cristina. Una fuerza extraña, sobrenatural, agarrotó los músculos de mi mano.

Creo que, en el fondo, él mismo deseaba terminar con aquellas horribles torturas. Sacó una pistola sin dejar de correr y trató de hacer un disparo. Aseguraría que buscaba provocar a los policías que estaban escondidos en el jardín.

Brotaron unas llamaradas de entre unos arbustos y sonaron varias rápidas detonaciones. Jonestar siguió corriendo unos cuantos pasos más.

De pronto cayó al suelo. El impulso que llevaba le hizo resbalar un par de metros, sobre las pulidas losas que enmarcaban la piscina. Se detuvo al borde de la misma, con una de sus manos colgando fuera, rozando el agua con la punta de los dedos. La mano se balanceó unas cuantas veces y luego se quedó quieta.

Salté a través de la destrozada ventana, casi al mismo tiempo que Gilpin. Llegamos junto a Jonestar, cuyo pecho estaba atravesado por tres balazos.

Gilpin le volvió de cara. Agarró los falsos cabellos y pegó un fuerte tirón. La verdadera faz de James Jonestar quedó al descubierto.

—¡Dios santo, qué horror! —Se estremeció mi amigo, A mí, por el contrario, me pareció que el rostro de Jonestar había recobrado buena parte de su aspecto normal. Ahora descansaba. Las torturas de su mente enferma habían cesado para siempre.

Epílogo

Cristina, la ex siniestra, vino a verme dos semanas más tarde.

Estaba encantadora. Había abandonado sus ropajes severos y ahora llevaba un sencillo vestido de hilo estampado, que la confería un aspecto sumamente juvenil. A pesar de todo, aún se reflejaba en su rostro una expresión de tristeza, que no la había abandonado del todo. «Cuestión de tiempo», pensé.

Era joven y hermosa. La vida tiene sus exigencias. Olvidaría.

—Esperaba su visita, Dane —dijo.

—Bueno, me salieron algunos trabajitos —contesté evasivamente.

—Todavía no hemos liquidado el mío —apuntó.

—Ya me pagó lo suficiente. Estamos en paz.

—No insistiré —repuso ella—. De todas formas, creo que debía haber venido a visitarme.

—Lo haré pronto —aseguré.

Esbozó una tenue sonrisa.

—¿Sabe? Lea y Harry se gustan. Parece que congenian bastante.

—Es una buena noticia. Harry es un tipo excelente.

—Están demoliendo la tapia. Ya han quitado el portón blindado —manifestó—. Ahora, quedará una cerca mucho más baja, la normal en casas como la mía.

—Me alegro sinceramente.

—He podido hacerlo gracias a usted, Dane. Ya puedo dormir tranquila por las noches.

—Me pagó para ello, Cristina.

Hubo una pausa. Ella me miraba fijamente, con la respiración contenida.

—¿Cuándo irá a verme? —preguntó.

—Pues...

—¿Tanto trabajo tiene, que no puede aceptar una invitación

para cenar en mi casa? Lea es una excelente cocinera —sonrió.

—Bien, yo...

—¿Esta noche? —preguntó ávidamente.

Sonreí.

—Esta noche iré a cenar con usted, Cristina.

Se puso en pie. Me entregó su mano.

—Le esperaré, Dane —dijo en tono firme.

Al marcharse ella, me recliné de nuevo en un sillón. Encendí un cigarrillo y dejé volar el humo y la imaginación al mismo tiempo.

Cristina necesitaba olvidar. Necesitaba amor, cariño, la compañía de un hombre bueno y leal a su lado, que la ayudase a borrar de su mente los amargos años pasados.

«¿Por qué no podía ser yo ese hombre?», me pregunté.

Aquella noche fui a cenar con Cristina, la siniestra. ¿Son capaces de imaginarse el resto?

Pues entonces, ya sólo falta escribir una palabra en este relato:

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.